

1 Traicion cosmica

La pregunta, "¿Qué es pecado?" se plantea en el Catecismo Menor de Westminster. La respuesta que se le da a esta pregunta catequística es simplemente que "El pecado es cualquier falta de conformidad o transgresión a la ley de Dios."

Veamos algunos de los elementos de esta respuesta catequística. En primera instancia, el pecado se identifica como algún tipo de deseo o privación. En la Edad Media, los teólogos cristianos trataron de definir el mal o pecado en términos de privación (*privatio*) o negación (*negatio*). En estos términos, el mal o pecado se define por su falta de conformidad a la bondad. La terminología negativa asociada con el pecado puede ser observada en palabras bíblicas, tal y como la *desobediencia*, estado *sin* Dios, o la *inmoralidad*. En todos estos términos, vemos que se hace énfasis en lo negativo. Otros ejemplos incluyen palabras tal y como, *deshonor*, *anticristo*, y otros.

Sin embargo, para obtener una visión completa de pecado, tenemos que ver que incluye más de una negación a lo bueno, o que es más que una simple falta de virtud. Si el pecado es definido exclusivamente en términos negativos, podríamos inclinarnos a pensar que es simplemente una ilusión. Pero los estragos del pecado demuestran dramáticamente la realidad de su poder, realidad que no podría explicarse basándose en una mera ilusión. Los reformistas agregaron a la idea de *privatio*, la noción de la realidad o actividad, de manera que el mal puede observarse en la frase, "*privatio actiosa*." Lo anterior, enfatiza el carácter activo del pecado. En el catecismo, el pecado se define no sólo como una falta de conformidad, sino un acto de transgresión, una acción que implica una extralimitación o violación de una norma.

Para poder entender plenamente lo que significa el pecado, no podemos apartarlo de la relación que tiene con la ley, pues es la ley de Dios la que determina lo que es pecado. En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo, en Romanos especialmente, elabora en el punto de que hay una relación inseparable entre el pecado y la muerte, y entre el pecado y la ley. La fórmula sencilla es la siguiente: Ningún pecado es igual a ninguna muerte. Ninguna ley es igual a ningún pecado. El apóstol afirma que donde no hay ley, no hay pecado, y donde no hay pecado, no hay muerte. Esto se basa en la premisa de que la muerte invade la vida humana como un acto de sentencia divina en juicio al pecado. El alma que peca es la que morirá. Sin embargo, sin la ley no puede haber pecado. La muerte no puede entrar en la vida humana, hasta primero no se revele la ley de Dios. Es por esta razón que el apóstol afirma que la ley moral estaba en efecto antes de que Dios le diera a Israel el código Mosaico. El argumento se basa en la premisa de que la muerte ya estaba en el mundo antes del suceso del Sinaí, y que reino desde Adán a Moisés. Esto sólo puede significar que la ley moral de Dios le fue dada a sus criaturas mucho antes de que las tablas de piedra le fueran entregadas a la nación de Israel.

Esto da alguna credibilidad las afirmaciones de Immanuel Kant sobre un mandato perentorio moral universal que él denomina el *mandato perentorio categórico*, que se encuentra en la conciencia de toda persona sensible. Dado que es la ley de Dios la que define la naturaleza del pecado, solo nos queda el afrontar las terribles consecuencias de nuestra desobediencia a la ley. Lo que el pecador requiere, a fin de ser rescatado de los aspectos punitivos de esta ley, es lo que Salomón Stoddard denomina una justicia de la Ley. Habiendo definido el pecado como una falta de conformidad o transgresión a la Ley, el único antídoto para tal transgresión es la obediencia a la ley. Si poseemos tal obediencia a la Ley de Dios, ya no estaremos en peligro de ser juzgados por Dios.

Salomón Stoddard, el abuelo de Jonathan Edwards, escribió en su libro, *La Justicia de Cristo*, el siguiente resumen sobre el valor de la justicia de la Ley: "Es suficiente si tenemos la justicia de la ley. No hay peligro de extravío, si tenemos esa justicia. La seguridad de los ángeles en el cielo es debida a que tienen la justicia de la ley, y es una seguridad suficiente si nosotros si tenemos la justicia de la ley. Si tenemos la justicia de la ley, no estamos sujetos a la maldición de la ley. La ley no es amenaza para nosotros, no hay provocación de justicia; la condenación de la ley no puede arraigar en nosotros; la ley no tiene nada objeción contra nuestra salvación. El alma que tiene la justicia de la ley está fuera del alcance de las amenazas de la ley. Donde hay respuesta a la demanda de la ley, la ley no encuentra ninguna culpa. La ley solo maldice la falta de obediencia perfecta. Además donde hay la justicia de la ley, Dios se ha comprometido a dar vida eterna. Estas personas son los herederos de vida, de acuerdo con la promesa de la ley. La ley los declaró herederos de la vida, Gálatas 3:12, 'El hombre que hiciere estas cosas vivirá por ellas'" (*La Justicia de Cristo*, p. 25).

La única justicia que satisface los requerimientos de la Ley es la justicia de Cristo. Es sólo por la imputación de esta justicia que el pecador puede tener la justicia de la ley. Esto es crítico para que hoy comprendamos que la rectitud de Cristo esta siendo ampliamente atacada. Si abandonamos la noción de la rectitud de Cristo, no tenemos ninguna esperanza, porque la Ley nunca es negociada por Dios. En la medida en que la Ley exista, estamos expuestos ser juzgados a menos que nuestro pecado este cubierto por la justicia de la Ley. La única cobertura que poseemos de tal justicia, es la que nos viene como resultado de la obediencia activa de Cristo, Él que cumplió toda anotación y título de la Ley. El cumplimiento por si mismo de la ley, es una actividad subsidiaria por la cual Él recibe la recompensa que proviene de tal obediencia, y esto lo hace no para Si mismo, sino para Su pueblo. Es en la estructura de esta justicia imputada, este rescate de la condena de la Ley, esta salvación de los estragos del pecado, que es el telón de fondo de la santificación del cristiano, en que debemos destruir el pecado que permanece en nosotros, ya que Cristo murió por nuestros pecados.

"

2

La pecaminosidad del pecado" suena como una redundancia vacía que no añade nueva información al tema de debate. Sin embargo, la necesidad de hablar de la pecaminosidad del pecado se nos impone debido a una cultura e incluso a una iglesia que ha disminuido la importancia del pecado en sí mismo. El pecado se define en nuestros días en términos de cometer errores o hacer malas elecciones. Cuando hago un examen o una prueba de escritura, si cometo una falta, fallo en una palabra en concreto. Una cosa es cometer una falta. Es otra muy distinta es mirar el examen de mi compañero y copiar sus respuestas para obtener una buena nota. En este caso, mi error ha ascendido a la categoría de transgresión moral. Aunque el pecado pueda estar implícito en el error cometido a

consecuencia de haber sido perezoso al preparar el examen, la acción de hacer trampa lleva el acto a un nivel mucho más serio. Decir que “hacer malas elecciones” es pecado es verdad, pero también es un eufemismo que puede quitar importancia a la seriedad de la acción. La decisión de pecar es, ciertamente, una mala decisión pero de nuevo, es algo más que un simple error. Es un acto de transgresión moral.

En mi libro *La Verdad de La Cruz* dediqué un capítulo entero a tratar este tema de la pecaminosidad del pecado. Empiezo el capítulo con la anécdota de mi total incredulidad al recibir una edición de las citas *Bartlett's Familiar Quotations*. Aunque me alegré de recibir este ejemplar gratuito, estaba perplejo pues no comprendía por qué alguien me lo habría querido enviar. Mientras ojeaba las páginas de citas que incluían frases de Immanuel Kant, Aristóteles, Tomás de Aquino y otros, me encontré para gran sorpresa, con una cita mía. Que se incluyera una cita mía en una colección con tantos pensadores importantes me sorprendió mucho. Estaba perplejo preguntándome qué podía haber dicho que mereciera ser incluido en esta antología, y la respuesta se encontraba en una sencilla frase que se me atribuía: “El pecado es traición cósmica.” Lo que quería decir con esa frase era que incluso el pecado más pequeño que una criatura comete contra su Creador, es un acto de violencia hacia la santidad del Creador, Su gloria y Su justicia. Cada pecado, por insignificante que parezca, es un acto de rebelión contra la soberanía de Dios quien reina y gobierna sobre nosotros y, como tal, es un acto de traición hacia el Rey cósmico.

La traición cósmica es una manera de explicar la noción de pecado, pero si examinamos las descripciones del pecado que hacen las Escrituras, vemos que hay tres que destacan sobre las demás. Primero, el pecado es una deuda; segundo, es una expresión de enemistad; tercero, se representa como un crimen. En el primer caso, nosotros, pecadores, somos descritos en las Escrituras como deudores que no pueden pagar sus deudas. En este sentido, no estamos hablando de deudas financieras, sino de una deuda moral. Dios tiene el derecho soberano de imponer obligaciones a Sus criaturas. Cuando no cumplimos dichas obligaciones, somos deudores hacia nuestro Señor. Esta deuda representa un fracaso por nuestra parte a la hora de cumplir con una obligación moral.

La segunda manera en que se describe bíblicamente el pecado es como una expresión de enemistad. En este sentido, el pecado no se restringe únicamente a una acción externa que transgrede una ley divina. Más bien, representa un motivo interno, un motivo originado por una hostilidad inherente hacia el Dios del universo. En la iglesia o en el mundo rara vez se habla de que la descripción bíblica de la caída del ser humano incluye una acusación de que somos por naturaleza enemigos de Dios. En nuestra enemistad hacia Él, no queremos ni tenerlo en nuestros pensamientos, y esta actitud, es una muestra de hostilidad hacia el mismo hecho de que Dios nos ordena que obedezcamos Su voluntad. Como consecuencia de este concepto de enemistad, en el Nuevo Testamento se describe muy a menudo nuestra redención en términos de reconciliación. Una de las condiciones necesarias para que exista reconciliación es que previamente haya habido una enemistad entre al menos dos partes. Esta enemistad se da por supuesta con la obra de redención de nuestro Mediador, Jesús Cristo, que supera esta dimensión de enemistad.

La tercera manera en que la Biblia habla del pecado es en términos de transgresión de la ley. El Breve Catecismo de Westminster contesta a la decimocuarta pregunta “¿Qué es el pecado?” con la respuesta: “El pecado es cualquier forma de disconformidad o transgresión de la ley de Dios.” Aquí vemos que el pecado se describe como desobediencia, tanto pasiva como activa. Hablamos de pecados de comisión y de pecados de omisión. Cuando no cumplimos con lo que Dios exige de nosotros, podemos ver esta falta de conformidad con Su voluntad. Pero no somos culpables únicamente de no cumplir con lo que Dios exige de nosotros, sino que además hacemos de manera consciente aquello que Dios prohíbe. Por tanto, el pecado es una transgresión de la ley de Dios.

Cuando la gente viola las leyes de los hombres de un modo grave, hacemos referencia a sus acciones no como simples faltas sino en el análisis definitivo, como crímenes. De la misma manera, nuestros actos de rebelión y transgresión de la ley de Dios no son vistos por Él como delitos menores; más bien, son delitos graves, son criminales en su impacto. Si consideramos seriamente la realidad del pecado en nuestras vidas, nos daremos cuenta de que cometemos crímenes hacia un Dios sagrado y hacia Su reino. Nuestros crímenes no son virtudes; son vicios, y cualquier transgresión hacia un Dios santo es criminal por definición. Hasta que no entendamos quién es Dios, no llegaremos a comprender realmente la seriedad de nuestro pecado. La seriedad de nuestras transgresiones no nos conmueve porque vivimos en medio de gente pecadora, donde las normas del comportamiento humano están dictadas por la cultura que nos rodea. Por supuesto que estamos a gusto en Sion, pero cuando el carácter de Dios se nos revela claramente y somos capaces de sopesar nuestras acciones, no en términos relativos con respecto de los demás humanos, sino en términos absolutos con respecto a Dios, Su carácter y Su ley, entonces empezamos a ser conscientes del carácter flagrante de nuestra rebelión.

Hasta que no consideremos a Dios seriamente, no podremos tomar en serio el pecado. Pero si reconocemos la justicia del carácter justo de Dios, entonces, como los antiguos santos, nos cubriremos la boca con las manos y nos arrepentiremos en polvo y cenizas ante Él

2 estudio

El Deber y El Honor

Hace muchos años, participé en una reunión con unos empresarios en Jackson, Misisipi. En el transcurso de la conversación, uno de ellos hizo referencia a otro hombre que no estaba presente allí. Dijo: “Él es un hombre honrado.” Al escuchar este comentario, aguzé el oído ya que, por un momento, pensé que estaba escuchando una otra lengua hablado. Entonces me di cuenta de que estaba en el medio del Profundo Sur, donde las viejas costumbres no han sido erradicadas por completo y, sin embargo, aún no podía sobreponerme al hecho de que alguien, en estos tiempos que corren, había usado la palabra *honor* como un término descriptivo para referirse a otro hombre. El término *honor* se ha convertido en una palabra un tanto arcaica. Tal vez recordemos el famoso discurso que dio el General Douglas MacArthur en West Point, titulado “Deber, Honor, País,” pero eso fue hace más de medio siglo. Actualmente, la palabra honor casi ha desaparecido de la lengua inglés. Prácticamente, sólo veo esta palabra impresa es en pegatinas de parachoques que exponen que el dueño del automóvil tiene un hijo que está en el “cuadro de honor,” pero el “cuadro de honor” es, tal vez, el último remanente vestigial de un concepto olvidado.

Hablo sobre el honor porque el diccionario enumera este término *honor* como el principal sinónimo para la palabra *integridad*. En este artículo me interesa preguntar: ¿cuál es el significado de integridad? Si vemos las definiciones comunes que nos dan los lexicógrafos, como por ejemplo, las del diccionario Webster, podemos encontrarnos con varios sentidos. En primer lugar, la integridad es definida como "la adherencia inflexible a principios morales y éticos." Segundo, integridad significa "firmeza de carácter." Tercero, integridad significa "honestidad." Cuarto, integridad refiere al "todo y completo." Quinto y último, integridad significa ser "irreprochable en su propio carácter."

Ahora, estas definiciones describen personas que son casi tan raras, como lo es el uso del término *honor*. En el primer caso, la integridad describiría a alguien que podríamos llamar "una persona de principios." Esta persona de principios es, según como lo define el diccionario, alguien que es inflexible. La persona no es inflexible en cada negociación o discusión sobre asuntos importantes, pero sí lo es respecto a principios éticos o morales. Esta es una persona que pone los principios por delante de los beneficios personales. El arte del compromiso es una virtud en una cultura políticamente correcta, pero lo políticamente correcto es, en sí mismo, modificado por el adjetivo calificativo político. Ser *político* es, con frecuencia, ser una persona que compromete todo, incluyendo a los principios.

También vemos que la integridad refiere a la firmeza de carácter y honestidad. Cuando miramos el Nuevo Testamento, por ejemplo, en la Epístola de Santiago, Santiago proporciona una lista de virtudes que deben volverse manifiestas en la vida cristiana. En el capítulo 5 de esa carta, en el verso 12, él escribe: "Y sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni con ningún otro juramento; antes bien, sea vuestro sí, sí, y vuestro no, no, para que no caigáis bajo juicio." Aquí, Santiago eleva la fiabilidad de la palabra de una persona, un simple sí o no, al rango de una virtud que está "sobre todo." Lo que Santiago está estableciendo, es que la integridad requiere de un tipo de honestidad que indica que cuando decimos que vamos a hacer algo, nuestra palabra es nuestro lazo. No deberíamos necesitar juramentos o promesas sagradas para ser fiables. Puede confiarse en las personas íntegras solo en base a lo que dicen.

En nuestra cultura vemos, una y otra vez, la distinción entre un político y un estadista. Una persona que conozco los distinguí en los siguientes términos: Un político es una persona que mira hacia la próxima elección, mientras que un estadista es una persona que mira hacia la próxima generación.

Reconozco que hay cierto cinismo inherente a esa diferenciación, que tiene que ver con la idea de que los políticos son personas que comprometerán las virtudes o los principios con el fin de ser elegidos o para mantener su cargo. Esa carencia de virtud no sólo se observa en los políticos sino que puede encontrarse también, diariamente, en las iglesias, que a veces parecen estar llenas de pastores que están preparados para comprometer la verdad del Evangelio por el bien de su propia popularidad. Esta es la misma ausencia de integridad que destruyó la nación de Israel en el Antiguo Testamento, donde los falsos profetas proclamaban lo que sabían que la gente quería escuchar en lugar de lo que Dios les había mandado decir. Esa es la quintaesencia de la falta de integridad.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, nos encontramos con el más alto ejemplo de falta de integridad en la sentencia dada a Jesús por el procurador romano, Poncio Pilatos. Luego de examinar e interrogar a Jesús, Pilatos hizo el anuncio a la ruidosa multitud. "No encontré ninguna culpa en él." Sin embargo, tras realizar esta declaración, Pilatos estaba dispuesto a entregar al Hombre Impecable a los manos de la furiosa muchedumbre. Este fue un claro acto de compromiso político en el que los principios y la ética fueron arrojados al viento para calmar a una multitud embravecida.

Miremos nuevamente en el Antiguo Testamento, la experiencia del profeta Isaías en su visión registrada en el capítulo 6 de ese libro. Recordemos que Isaías vio al Señor elevado en lo alto, como así también al serafín cantando el Trisagio: "Santo, Santo, Santo." En respuesta a esta epifanía, Isaías gritó, "Ay de mí," anunciando una maldición sobre sí mismo. Él dijo que la razón de su maldición era que él estaba "perdido" o "arruinado." Lo que Isaías experimentó en ese momento fue la desintegración humana. Antes de esa visión, Isaías era visto como el hombre más correcto de la nación. Se paraba seguro y confiado sobre su propia integridad. Todo se mantenía unido gracias a su virtud. Se consideraba a sí mismo como una persona entera, íntegra, pero tan pronto como vio el último modelo y estándar de integridad y virtud en la personalidad de Dios, experimentó la desintegración. Se desmoronó, al darse cuenta que su sentido de integridad era, como mucho, una pretensión.

Calvino indicó que esto es lo común en la mayoría de los seres humanos quienes, mientras mantienen su mirada fija en el nivel de la experiencia horizontal o terrestre, se felicitan a sí mismos y se consideran, con halagos, apenas un poco menos que semi-dioses. Pero una vez que alzan la mirada hacia el cielo y consideran, aunque sea por un momento, qué clase de ser es Dios, se paran temblando, siendo completamente desmentida cualquier ilusión de integridad.

El cristiano debe reflejar el carácter de Dios. El cristiano debe volverse inflexible con respecto a los principios éticos. El cristiano es llamado a ser una persona de honor en cuya palabra puede confiarse.

3 estudio

"Basado en la Gracia

El histórico debate entre el Protestantismo y el Catolicismo romano a menudo se enmarca en los términos de una discusión de la fe frente a las obras y / o el mérito frente a la gracia. Los reformadores magistrales expresaron su opinión sobre la justificación a través de una taquigrafía teológica de lemas en latín, y las frases que utilizaban — *sola fide* y *sola gratia* — se han afianzado profundamente en la historia protestante. *Sola fide*, o "sólo fe," niega que nuestras obras contribuyan al fundamento de nuestra justificación, mientras que *sola gratia*, o "sólo gracia", niega que cualquier mérito propio contribuya a nuestra justificación.

El problema de los lemas es que, en su función de taquigrafías teológicas, pueden ser fácilmente malinterpretadas o empleadas como licencia para simplificar temas complejos excesivamente. Así, cuando la fe se distingue radicalmente de las obras, algunas distorsiones se cuecen en nuestro entendimiento con facilidad.

Cuando los reformadores insistían en que la justificación sólo era por fe, no querían decir que la fe en sí fuera otro tipo de obra más. Al procurar excluir las obras del fundamento de nuestra justificación, no querían sugerir que la fe no contribuyera en nada a la justificación.

EL CORAZÓN DEL PROBLEMA

Se puede decir que el núcleo del debate del siglo XVI sobre la justificación era la cuestión sobre el fundamento de la justificación. La base de la justificación es el fundamento por el que Dios declara justa a una persona. Los reformadores insistían en que según la Biblia el único fundamento posible para nuestra justificación es la justicia de Jesucristo. Esto es una referencia explícita a la justicia con la que vivió Cristo su propia vida; no se trata de la justicia de Jesucristo *en* nosotros sino la justicia de Jesucristo *para* nosotros.

Si nos plantamos de lleno ante la cuestión del fundamento de la justificación, vemos que *sola fide* es un lema taquigráfico no sólo para la doctrina de la justificación por la fe, sino también para la idea de que la justificación es sólo mediante Jesucristo. Dios nos declara justos ante Su presencia sólo en, a través, y por la justicia de Jesucristo.

Que la justificación es sólo por fe significa sencillamente que es *por* o a través de la fe de la manera en la que se nos imputa la justicia de Jesucristo a nuestra cuenta. Por tanto, la fe es la causa instrumental, o el medio, por el cual establecemos una relación con Cristo.

Roma enseña que la causa instrumental de la justificación es el sacramento del bautismo (en primer lugar) y el sacramento de la penitencia (en segundo lugar). A través del sacramento, la gracia de la justificación, o la justicia de Jesucristo, se infunde (o se vierte) en el alma del destinatario. Por lo tanto, la persona debe consentir y cooperar con esta gracia infundida hasta tal punto que la verdadera justicia *sea inherente* al creyente, en cuyo caso Dios declara justa a esa persona. Para que Dios justifique a una persona, primero la persona debe *volverse* justa.

Por consiguiente, Roma cree que para que una persona se vuelva justa necesita tres cosas: gracia, fe, y Jesucristo. Roma no enseña que el hombre se pueda salvar a sí mismo por su propio mérito sin gracia, por sus propias obras sin fe, o por sí mismo sin Jesucristo. ¿Así que por qué se armó tanto alboroto?

Ni los debates del siglo XVI, ni las más recientes discusiones y declaraciones conjuntas entre Católicos y Protestantes han sido capaces de resolver el tema clave del debate, la cuestión del fundamento de la justificación. ¿Es la justicia *imputada* de Jesucristo o la justicia *infundada* de Jesucristo?

En nuestros días, muchos de los que se enfrentan a este conflicto secular simplemente se encogen de hombros y dicen, “¿Y qué?” o “¿Cuál es el problema?” Ya que ambas partes afirman que la justicia de Jesucristo es necesaria para nuestra justificación, y que igualmente necesarias son la gracia y la fe, investigar más a fondo en otras cuestiones técnicas parece una pérdida de tiempo o un ejercicio de pedante arrogancia teológica. Cada vez, más y más personas piensan que este debate es como hacer una montaña de una tempestad en una tetera.

DOS PERSPECTIVAS

Bien, *¿cuál es el problema?* Intentaré responder a esta pregunta desde dos perspectivas, una teológica, y otra personal y existencial.

El gran problema teológico es la esencia del Evangelio. Los problemas no van mucho más allá. La Buena Nueva es que la justicia que Dios exige a sus criaturas fue lograda *para* ellos por Jesucristo. La obra de Jesucristo *cuenta* para el creyente. El creyente está justificado en base a lo que Jesucristo hizo por él, fuera de él y aparte de él, no por lo que Jesucristo hace en él. Según Roma, una persona no está justificada hasta que o a menos que la justificación sea inherente a ella. La persona obtiene la ayuda de Jesucristo, pero Dios no calcula, transfiere o le imputa la justicia de Cristo a esa persona.

¿Y qué significa esto personal y existencialmente? La visión de Roma infunde desesperación en mi alma. Si tengo que esperar hasta que yo estoy inherentemente justo para que Dios me declare recto, me queda una larga espera. Según Roma, si cometo un pecado mortal perderé toda la gracia que ahora mismo me justifica. Incluso si la recupero por medio del sacramento de la penitencia, todavía tengo que enfrentarme al purgatorio. Si muero con cualquier impureza en mi vida, debo ir al purgatorio para "purgar" todas las impurezas, y esto puede tardar miles y miles de años en llevarse a cabo.

Qué diferencia tan radical comparado con el Evangelio bíblico, que me garantiza que la justificación ante Dios es mía en el momento en que pongo mi confianza en Jesucristo. Porque su justicia es perfecta, no puede aumentar ni disminuir. Y si su justicia se imputa en mí, ahora poseo el *fundamento* total y completo de la justificación.

La cuestión de la justicia imputada contra la justicia infundida no puede resolverse sin rechazar una u otra. Son dos opiniones sobre la justificación que se excluyen mutuamente. Si una es verdadera, la otra tiene que ser falsa. Una de estas opiniones expone el Evangelio bíblico verdadero, el otro es un Evangelio falso. Sencillamente, las dos conjuntamente no pueden ser verdad.

De nuevo, esta cuestión no puede resolverse con una explicación que quede en término medio. Estas dos posturas incompatibles pueden ser ignoradas o minimizadas (como hacen los diálogos modernos a través de la revisión histórica), pero no pueden reconciliarse. Tampoco pueden reducirse a un mero malentendido — ambas partes son demasiado inteligentes para que esto haya ocurrido durante los últimos 400 años.

La cuestión del mérito y la gracia en la justificación está cubierta de nubes de confusión. Roma dice que hay dos tipos de mérito para los creyentes: congruente y condigno. El mérito congruente se obtiene realizando obras de satisfacción en conexión con el sacramento de la penitencia. Estas obras no son tan meritorias como para imponerle a un juez justo la obligación de recompensarlas, pero son lo suficientemente buenas para que sean "acordes" o "congruentes" y que Dios las recompense.

El mérito condigno es una orden superior de mérito lograda por los santos. Pero incluso este mérito, según lo define Roma, está arraigado y basado en la gracia. Es un mérito que no se podría lograr sin la ayuda de la gracia.

Los reformadores rechazaron tanto el mérito congruente como el condigno, argumentando que nuestro estado no sólo está *arraigado* en la gracia, sino que además es gracia en todo momento. El único mérito que cuenta para nuestra justificación es el mérito de Jesucristo. De hecho, somos salvos por obras meritorias — las de Jesucristo. Que seamos salvos gracias a que se nos imputa su mérito es la propia esencia de la gracia de la salvación.

Es esta gracia la que nunca debe ser comprometida o negociada por la iglesia. Sin ella, estaremos verdaderamente desesperanzados e indefensos para poder permanecer justos ante un Dios santo.

4 estudio

"No Sea Que Nos Dispersemos

Uno de los versos citados más equivocadamente en la Biblia provienen de los Proverbios 16:18: "El orgullo precede a la destrucción, y un espíritu altivo a la caída". La cita equivocada minimiza el verso, de forma que sencillamente dice, "El orgullo precede a la caída". Aunque esta cita errónea textualmente no es exacta, capta a la perfección la verdad del proverbio. En realidad, el orgullo es el precursor de una caída y el iniciador de la destrucción.

Vemos esto ilustrado de forma dramática en la narración bíblica de la Torre de Babel:

"Ahora toda la tierra tenía una única lengua y un sólo discurso. Y ocurrió que, mientras viajaban desde el este, encontraron una llanura en la tierra de Shinar, y allí se quedaron a vivir. Entonces se dijeron el uno al otro: 'Venga, vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos del todo'. Tenían ladrillos en lugar de piedras, y asfalto en lugar de mortero. Y dijeron: 'Venga, vamos a construirnos una ciudad, no sea que nos dispersemos por tierras extranjeras en la superficie del globo'. Pero el Señor bajó para ver la ciudad y la torre que los hijos de los hombres habían construido. Y el Señor dijo: 'Realmente las personas son una y todos tienen una lengua, y esto es lo que empiezan a hacer; ahora nada de lo que se propongan hacer se les ocultará. Venga, bajemos y confundamos su lengua, para que no puedan entender el discurso del otro'" (Gen. 11:1-7).

La Torre de Babel fue el primer rascacielos del mundo, probablemente una escalera alta o ziggurat que desprendía connotaciones religiosas. Como Martín Lutero notó en sus *Conferencias sobre el Génesis*, en la Edad Media se desarrollaron todo tipo de mitos y leyendas relacionados con esta estructura. Algunos argumentaban que fue construida como un refugio para que las personas pudieran escapar de otra inundación, ignorando la promesa de Dios de que nunca más volvería a destruir el mundo con un diluvio. Otros sostenían que la estructura alcanzaba una altura de 15 kilómetros, tan alta que desde ella se podían oír las voces de los ángeles cantando en el cielo. Pero estos cuentos especulativos pierden de vista lo fundamental y ofrecen una visión poco acertada sobre el tema.

Como quiera que sea, la narración desarrolla el punto de vista de que la Torre de Babel en realidad no fue construida para honrar la gloria de Dios. Era un monumento que representaba el orgullo humano. Lutero observó: "Creo que sus motivos están expresados en las palabras, 'Venga, vamos a construirnos una ciudad y una torre'. Estas palabras ponen en evidencia unos corazones petulantes y engreídos, que ponen su confianza en las cosas de este mundo sin confiar en Dios, y desprecian a la Iglesia porque carece de todo el poder y la pompa". Más tarde añadiría: "¿No fue éste un orgullo colosal y un gran desprecio por Dios, de manera que sin pedir consejo a Dios se atrevieron a llevar a cabo un proyecto tan inmenso bajo su propia responsabilidad?"

El lema del orgullo se puede ver incluso más claramente en la arrogante declaración "Vamos a construirnos un nombre". En la Oración del Señor, la primera petición que Jesús nos instruyó que hiciéramos era que el nombre de Dios fuera santificado. Esta petición está claramente relacionada con los ruegos que siguen— "Que venga a nosotros Tu reino, hágase Tu voluntad, así en la tierra como en el cielo". El reino de Dios está manifiestamente presente en el cielo. Allí siempre se hace Su voluntad y allí Su nombre es santificado. Pero Su reino no está presente y Su voluntad no se hace donde Su nombre no es santificado. En Shinar, los hombres buscaban santificar y exaltar sus propios nombres. Esto era la vuelta al Edén, donde se repitió la tentación de comportarse como dioses.

La construcción de esta torre hacia el cielo era un intento de la apoteosis de la humanidad, la auto divinización de los hijos de los hombres. Esto muestra cómo piensa realmente la "Nueva Era". Refleja lo que Pablo declara que es el pecado universal de la humanidad; la negación a honrar a Dios como Dios y de serle agradecidos (Rom. 1:21). El acto de construir la Torre de Babel fue un acto de apostasía. Estaba bajo el disfraz de la religión, como suele estar la apostasía, pero tal religión es la idolatría pagana que siempre busca adorar a la criatura antes que al Creador. Implica la sustitución de un dios falso por el Dios verdadero. Lutero

comenta: “No fue un pecado en sí mismo erigir una torre, pues los santos habían hecho lo mismo... Éste, sin embargo, es su pecado: atribuyen su propio nombre a la estructura...” En este acto, el verdadero culto es reemplazado por un culto centrado en el hombre.

El Génesis nos cuenta que en respuesta a este acto humano de hibris, “el SEÑOR bajó a la ciudad que los hijos de los hombres habían construido”. Esto recuerda a la situación del Edén, cuando Dios bajó al jardín, provocando que Adán y Eva escaparan para ponerse a cubierto. No era como si el Dios omnisciente y omnipresente no estuviera al corriente de la situación. Más bien, la narración indica una visita de Dios mediante la cual llegó a estas personas para juzgarlas. El orgullo que antecede a la destrucción y el espíritu altivo que precede a la caída es una actitud de desafío hacia Dios. Es una actitud que asume que Dios no es consciente de lo que está sucediendo o, si lo es, no tiene el poder suficiente como para hacer algo al respecto. El pecado sin castigar evoca una temeridad en el pecado por la que se vuelve incluso más descarado en su desafío. El pecador confunde la paciencia y el sufrimiento de Dios con impotencia, y descuidadamente amontona ira hacia sí mismo para el día de la ira. Cuando más se retrasa el juicio, peor será la caída.

El castigo que Dios asignó a Babel fue la confusión del lenguaje humano y la disgregación de un orden mundial unido. Este juicio golpeó en el corazón de la empresa humana, y apuñaló el núcleo de la actividad humana política y económica. Ahora las personas están agrupadas en órdenes políticos, mientras que una lengua común enfrenta a una nación con otras naciones. Esto alimenta la hostilidad internacional, mientras las naciones se levantan contra las naciones. La barrera del lenguaje también representa un obstáculo mayor para el comercio internacional, agravando aún más la hostilidad y demostrando el axioma de que “cuando los bienes y los servicios cruzan las fronteras, los soldados rara vez lo hacen”.

La desintegración de la armonía humana por medio de la confusión de las lenguas tiene consecuencias que alcanzan muchos ámbitos y son de larga duración. Lutero consideraba la confusión del lenguaje humano como un juicio más severo que el mismo Diluvio. ¿Cómo es eso? Después de todo, el Diluvio destruyó la población entera del mundo, excepto a Noé y su familia. El razonamiento de Lutero era el siguiente: “El Diluvio sólo dañó a los humanos que estaban vivos en ese momento, mientras que la confusión de las lenguas dañó a toda la humanidad hasta el fin de los tiempos. La razón que Dios ofreció por este castigo en particular fue que nada pecaminoso que los seres humanos se propusieran hacer se lograría fácilmente.

La historia humana es el registro de las criaturas que han buscado construir imperios para ellas mismas. Ningún imperio ha perdurado en el tiempo. Esto es verdadero tanto para imperios políticos como económicos. El único final posible para el orgullo es la destrucción. Los orgullosos pueden aguantar una estación, pero antes o después caerán. Hoy nos movemos inexorablemente hacia un pueblo global unificado. El ordenador nos ofrece un lenguaje nuevo y universal. ¿Pero qué ocurre si el lenguaje de los ordenadores falla? ¿Qué ocurre si la economía global falla? ¿Dónde estará nuestro orgullo entonces

5 estudio

Ordenando al Carnero

De entre todas las formas de legalismo, ninguna es más mortal que aquella que reemplaza la fe con trabajos o gracia con mérito como base de justificación.

La Reforma del siglo dieciséis fue una batalla a muerte respecto a este tema. Fue una lucha para el verdadero Evangelio, el cuál había sido eclipsado durante la iglesia medieval. Sin embargo, la erosión de la doctrina de justificación por fe solamente, no comenzó en la Edad Media. Tenía sus raíces en la era del Nuevo Testamento con la aparición de la “Herejía de los Gálatas”.

De entre todas las formas de legalismo, ninguna es más mortal que aquella que reemplaza la fe con trabajos o gracia con mérito como base de justificación.

La Reforma del siglo dieciséis fue una batalla a muerte respecto a este tema. Fue una lucha para el verdadero Evangelio, el cuál había sido eclipsado durante la iglesia medieval. Sin embargo, la erosión de la doctrina de justificación por fe solamente, no comenzó en la Edad Media. Tenía sus raíces en la era del Nuevo Testamento con la aparición de la “Herejía de los Gálatas”.

Los agitadores Gálatas, quienes buscaban subestimar la autoridad del apóstol Pedro, argumentaban por un evangelio que requería de trabajos legales no meramente como evidencia de la justificación sino como prerequisites para ella. El neo-nomianismo, o “nuevo legalismo” fue una contradicción directa contra las enseñanzas de Pablo a los romanos”: Ahora sabemos que cualquier cosa que diga la ley, lo dice a aquellos que se encuentra bajo la ley, que toda boca debe ser detenida y que todo el mundo puede tornarse culpable frente a Dios. Por lo tanto, por los hechos de la ley, ninguna carne será justificada frente a Su Visión, ya que la ley es el conocimiento del pecado.” (3:19–20.) Los denominados Judaicos de Galatea buscaban agregar trabajos a la fe como base necesaria para la justificación. Al hacerlo, corrompían el Evangelio de gracia libre por la cual nosotros estamos justificados solamente por la fe. Esta distorsión provocó en Pablo su más vehemente repudio respecto a cualquiera de las herejías que jamás hubiere combatido. Después de haber afirmado que no había ningún otro evangelio que aquél que él proclamaba y de haber declarado abominable a aquellos que buscaban “cualquier otro evangelio” (Gal. 1), luego corrigió a los Gálatas:

“¡OH sonsos Gálatas! ¿Quién los ha embrujado para que obedezcan la verdad, ante cuyos ojos Jesucristo fue claramente identificado entre Uds. como crucificado? Esto es lo único que deseo aprender de Uds.: ¿Han recibido al Espíritu por las obras de la ley, o por medio de la fe?... Pero que a nadie se le justifica por la ley a los ojos de Dios es evidente, ya que “los justos vivirán por fe” (Gal. 3:1–2, 11.)

Al principio de la epístola, Pablo expresó su sorpresa ante la rapidez con que los Gálatas se habían separado del verdadero Evangelio y habían aceptado un evangelio “diferente” que no era evangelio en lo absoluto. Sin embargo, la voz seductiva del legalismo ha sido poderosa desde el principio. Planes de corrección de obras han suplantado al Evangelio en cada era de la historia de la iglesia. Pensamos en Pelagianismo en el siglo cuarto, en Socinianismo en el siglo dieciséis, y en Liberalismo y Finalismo en el siglo diecinueve, tan solo para nombrar algunos. Pero ninguno de estos movimientos ha sido tan complejo y sistemático en su abarcamiento del punto de justificación legalista como lo ha sido la Iglesia Católica Romana, agregando obras a la fe y mérito a la gracia como prerequisites para la justificación, ha reavivado las llamas de la herejía Galata.

A pesar que Roma, contra el puro Pelagianismo, insiste que la gracia es necesaria para la justificación, niega que la gracia sola justifique. Aunque enseña que la fe es necesario como la iniciación, el fundamento, y la raíz de la justificación, niega que estemos justificados solo por la fe. Agrega obras de fe como un requisito para la justificación. Para que Dios nos declare justos, debemos ser inherentemente justos, conforme a Roma.

Roma agrega mérito a la gracia de dos formas distintas. En primer lugar, existe un “mérito congruente” (*meritum de congruo*), mérito que una persona adquiere desempeñando obras de satisfacción dentro del contexto del sacramento de la penitencia. Estas obras, hechas con la ayuda de la gracia, hacen que sea “congruente” o “adecuado” para Dios justificar a dicha persona.

En segundo lugar, existen las obras de que están más allá de todos los esfuerzos posibles. Estas obras se encuentran por encima y más allá de todos los esfuerzos posibles, de este modo, ceden mérito en exceso. Roma dice que cuando los santos logran mayor mérito que el que necesitan para entrar al cielo, el exceso de deposita en el “Tesoro del Mérito.” Roma lo denomina “bienes espirituales de la comunión de los santos.”

A partir de este tesoro, la iglesia puede dispensar mérito a aquellos que carecen de él en cantidad suficiente. Esto se realiza mediante “indulgencias.” El Catecismo de la Iglesia Católica define la indulgencia de la siguiente manera: “Una remisión ante Dios del castigo temporal debido a pecados cuya culpa ya ha sido perdonada, que el cristiano fiel quien debidamente dispone de ganancias conforme a determinadas condiciones prescritas a través de la acción de la iglesia – que, como ministro de redención, dispensa y aplica con autoridad el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los santos.”

Durante la Reforma, creció una gran controversia alrededor de las indulgencias. Los Reformistas insistían que la única persona cuyas obras tuvieron verdadero mérito ante Dios fue Cristo. Es por Sus obras y Su mérito solamente que podemos ser justificados. El valor del mérito de Cristo no puede ser aumentado ni disminuido por las obras de otros. Sin embargo, en el sistema romano, nuestras obras no solamente avalan nuestra propia justificación, sino que son suficientemente buenas, pueden ayudar a los que están en el purgatorio que carecen de mérito suficiente para entrar al cielo.

Martín Lutero declaró que el punto de vista del mérito de Roma no era más que vanos productos de su imaginación y especulaciones de sueño acerca de cosas sin valor. Argumentaba que cualquier punto de vista que incluyera nuestras obras en nuestra justificación no constituía blasfemia ni eran ridículos.

Dijo: “Buscar ser justificados por la Ley es como si un hombre, ya enfermo y débil, fuera en busca de algún gran demonio por medio del cual tuviera la esperanza de curarse, mientras que le traería la ruina completa como si un hombre afectado con epilepsia agregara la pestilencia a la misma... He aquí como lo expone el proverbio, uno ordeña al carnero mientras que el otro sostiene un cedazo por debajo.” El proverbio de Luther declara una insensatez doble. Intentar ordeñar a un carnero es lo suficientemente sonso. Pero traer un cedazo para atraparlo es meramente una composición de insensatez. Del mismo modo, intentar ser justificado por cualquier forma de legalismo es tan sonso como intentar ordeñar leche de un carnero – pero con más severas consecuencias.

La gran tragedia de nuestros días no yace tan solo en que el Catolicismo Romano ni en otras religiones, tales como el islamismo, codifican obras como una base necesaria para la justificación. En términos prácticos, temo que la gran mayoría de los protestantes también dejen sus esperanzas en sus propias obras. Hasta que desesperemos para buscar nuestra justificación por las obras, no habremos entendido el Evangelio.

6 estudio

Nuestro Padre

Mi primera clase en Free University de Ámsterdam echó por tierra mi autocomplacencia académica. Fue un shock cultural, una prueba de contrastes que comenzó en el momento en que el profesor, el Dr. G.C. Berkouwer entró en la sala. Cuando apareció por la puerta, todos los estudiantes se pararon firmes mientras subía los peldaños del estrado, abría su cuaderno de notas y en silencio, asentía para que los estudiantes se sentaran. Entonces, comenzaba a dar su clase y los estudiantes, en un silencio sagrado, escuchaban obedientemente y tomaban notas durante una hora. Nadie se atrevió nunca a interrumpir o distraer al profesor atreviéndose a levantar la mano. La sesión estaba dominada por una sola voz: la voz a la que todos prestábamos atención.

Al terminar la clase, el profesor cerraba su cuaderno, descendía del estrado y se iba apresuradamente, no sin que antes los estudiantes se hubiesen puesto una vez más de pie en su honor. No había conversaciones, no había citas para después, no había cotilleos. Ningún estudiante se dirigió nunca al profesor excepto en los exámenes orales privados que estaban programados.

Cuando tuve mi primer examen de ese tipo estaba aterrorizado. Fui a la casa del profesor esperando pasar un calvario. Pero a pesar de lo exigente del examen, no lo fue. El doctor Berkouwer se mostró amable y acogedor. Como si fuera mi tío, me preguntó por mi familia. Se mostró muy preocupado por mi bienestar y me pidió que le preguntase lo que quisiera.

De cierta manera, esta experiencia fue como probar un poco del cielo. Naturalmente, el profesor Berkouwer era mortal; pero era un hombre con una inteligencia titánica y conocimientos de enciclopedia. Yo no me encontraba en su casa para enseñarle o para discutir con él: él era el profesor y yo el estudiante. Tal vez no había nada del mundo de la teología que él pudiera aprender de mí, y aún así, me estuvo escuchando como si realmente pensase que yo podía enseñarle algo. Se tomaba muy en serio mis respuestas ante sus sagaces preguntas. Era como si un padre cariñoso le estaría preguntando cosas a su hijo.

Esta situación es la mejor analogía humana en la que puedo pensar para darle respuesta a la vieja pregunta de: Si Dios es soberano, ¿para qué hay que orar? No obstante, tengo que decir que esta analogía no es comparable. Aunque Berkouwer me sobrepasaba con su conocimiento, éste no era infinito sino limitado. En ningún caso era omnisciente.

De forma contraria, cuando hablo con Dios, no estoy hablando simplemente con un Gran Profesor en el Cielo. Estoy hablando con alguien que posee todo el conocimiento, alguien que no va a aprender nada de mí que Él no sepa ya. Él conoce todo lo que se puede conocer, incluyendo todo lo que tengo en mi cabeza. Él ya sabe todo lo que tengo que decirle antes de que se lo diga. Él sabe lo que va a hacer antes de que lo haga. Su conocimiento es soberano porque Él es soberano. Su conocimiento es perfecto, inalterable.

Aunque a veces la Biblia se limita al lenguaje humano expresando la idea de que Dios cambia su parecer, cede o se arrepiente de Sus planes, en otros lugares ésta nos recuerda que las formas de expresión humanas son sólo eso, y que Dios no es hombre para que se arrepienta. En Él no hay atisbo de cambio. Su consejo permanece por siempre. Él no tiene un plan B. Un plan B es un plan “de emergencia”, y aunque Dios conoce todas las situaciones de emergencia, para Él mismo no existen tales.

La gente se pregunta: ¿la oración cambia la voluntad de Dios? Hacer esa pregunta es responderla. ¿Qué clase de Dios podría verse influenciado por mis oraciones? ¿Cómo podrían mis oraciones cambiar Sus planes? ¿Puede ser que yo le dé a Dios alguna información que Él no tenga ya? O ¿podría persuadirle de hacer algo de una forma más excelente gracias a mi sabiduría superior? Por supuesto que no. No estoy capacitado en absoluto para ser el mentor de Dios o su asesor en la toma de decisiones. Por tanto, la respuesta es sencillamente que la oración no cambia la voluntad de Dios.

Pero supongamos que preguntamos sobre la relación entre la soberanía de Dios y nuestras oraciones de una manera ligeramente distinta: ¿La oración cambia las *cosas*? La respuesta ahora se convierte en un enérgico “¡Sí!”. Las Escrituras nos dicen que “La oración eficaz del justo puede lograr mucho” (Santiago 5:16). Este texto declara que la oración es efectiva, no un ejercicio piadoso de inutilidad. Lo que es inútil no logra nada. Sin embargo, la oración logra mucho. Lo que logra mucho nunca es inútil.

¿Qué logra la oración? ¿Qué cambia? En primer lugar, mis oraciones me cambian. El propósito de la oración no es cambiar a Dios. Él no cambia porque no necesita cambiar, pero yo sí. Igual que las preguntas del doctor Berkouwer no eran para su beneficio sino para el mío, mi tiempo con Dios es para mi edificación, no para la de Él. La oración es uno de los grandes privilegios que se nos dio junto con la justificación. Una de las consecuencias de nuestra justificación es que tenemos acceso a Dios. Hemos sido adoptados en Su familia y hemos recibido el derecho a dirigirnos a Él llamándole Padre. Somos alentados a acudir a Su presencia confiadamente (existe por supuesto una diferencia entre confianza y arrogancia).

Pero la oración también cambia cosas. En términos prácticos, podemos decir que la oración funciona. Aquello que es efectivo es aquello que provoca o produce efectos. En teología, se distingue entre causalidad primaria y secundaria. La causalidad primaria es la fuente de poder de todas las causas. Cuando la Biblia dice “porque en Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hechos 17:28), indica que sin la providencia de Dios que nos sustenta, no tendríamos ninguna fuerza para vivir, movernos o existir. Toda la fuerza que nosotros tenemos es secundaria; siempre depende de Dios para su eficacia final, pero aun así, es real. La oración es uno de los medios que usa Dios para que se cumpla la voluntad que Él dispone. Esto quiere decir que Dios no solamente dispone propósitos, sino también los medios que Él usa para que se cumplan esos propósitos.

Dios no necesita que prediquemos para salvar a Su pueblo. Aun así, ha elegido obrar mediante la predicación. Él es el que da poder a nuestra predicación humana mediante Su propio poder. Él da poder a nuestras oraciones para que después de que hayamos orado, podamos apartarnos y ver cómo desata Su poder en y por medio de nuestras oraciones.

Oramos con esperanza y confiadamente no sólo por la soberanía de Dios, sino a causa de ella. Lo que sería una pérdida de aliento y de tiempo sería orar a un dios que no fuera soberano.

7 estudio

El Libro de Job: ¿Por qué sufren los justos?

En el campo de los estudios bíblicos, existen cinco libros que normalmente son incluidos bajo el título de “literatura de sabiduría” o “los libros poéticos del Antiguo Testamento”. Estos son los libros de Proverbios, Salmos, Eclesiastés, Cantares de Salomón, y Job. De estos cinco libros, hay uno que sobresale, manifestando diferencias significativas respecto a los otros cuatro. Ése es el libro de Job. La sabiduría que se encuentra en el libro de Job no es comunicada en forma de proverbio. Más bien, el libro de Job trata las cuestiones de la sabiduría en el contexto de una narrativa que trata la profunda angustia y el dolor insoportable de Job. El escenario de esta narrativa es el tiempo de los patriarcas. Se han levantado preguntas acerca de la intención autorial de este libro, en cuanto a si estaba destinado a ser una narración histórica de un individuo real o si su estructura básica es aquella de un drama con un prólogo, incluyendo una escena de apertura en el cielo, conteniendo un discurso entre Dios y Satanás, y moviéndose de una forma gradual al epílogo, en el que son repuestas las profundas pérdidas sufridas por Job durante sus pruebas.

En cualquier caso, en el corazón del mensaje del libro de Job está la sabiduría respecto a la respuesta a la pregunta de cómo Dios está involucrado en el problema del sufrimiento humano. En cada generación protestas son levantadas diciendo que si Dios es bueno, entonces no debería haber dolor, ni sufrimiento o muerte en este mundo. Junto con estas protestas contra cosas malas que le suceden a gente buena, también han habido intentos de crear un cálculo de dolor, por el cual se asume que el umbral de sufrimiento en un individuo es directamente proporcional al grado de su culpa o del pecado que ha cometido.

Una respuesta rápida a esto es hallada en el capítulo noveno de Juan, donde Jesús responde a la pregunta de los discípulos acerca del origen del sufrimiento del hombre ciego de nacimiento.

En el libro de Job, el personaje es descrito como un hombre justo, de hecho el hombre más justo que se puede encontrar en la tierra, pero a quien Satanás afirma que él es justo únicamente para recibir bendiciones de la mano de Dios. Dios ha puesto un cerco

alrededor de él y lo ha bendecido más que al resto de los mortales, y como resultado el Diablo acusa a Job de servir a Dios solo por la generosa retribución que recibe de su Hacedor. El reto viene del malvado, a que Dios quite el cerco de protección y compruebe si Job empezará entonces a maldecir a Dios. A medida que la historia se desarrolla, el sufrimiento de Job va en una rápida progresión de mal a peor. Su sufrimiento es tan intenso que él se encuentra a sí mismo sentado en un montón de estiércol, maldiciendo el día que nació, y gritando a los cuatro vientos su dolor incesante. Su sufrimiento es tan grande que incluso su esposa le aconseja que maldiga a Dios, para que se pueda morir y ser aliviado de su agonía. Lo que se desarrolla mas adelante en la historia es el consejo dado a Job por los amigos de Job, Elifaz, Bildad y Zofar. Su testimonio muestra cuán hueca y superficial es su lealtad por Job, y lo presuntuosos que son al asumir que la innombrable miseria de Job se debe a una degeneración radical en carácter de Job. El consejo a Job alcanza un nivel más alto con algunas consideraciones profundas de Eliú. Eliú da varios discursos que tienen muchos elementos de sabiduría bíblica. Pero la sabiduría final que se encuentra en este gran libro no viene de los amigos de Job ni de Eliú, sino de Dios mismo. Cuando Job demanda una respuesta de Dios, Dios le responde con esta reprensión, “¿Quién es este que oscurece los consejos con palabras sin conocimiento? Vístete para la acción como un hombre; Yo te preguntaré, y tú me harás saber” (Job 38:1-3). Lo que sigue a esta reprensión es la interrogación más intensa al que un hombre ha sido llevado por el Creador. A primera vista casi parece que Dios está provocando a Job, tanto que Él dice, “¿Dónde estabas tú cuando yo echaba los cimientos de la tierra?” (v. 4). Dios levanta pregunta tras pregunta de esta manera. ¿Puedes atar las cadenas de las Pléyades? ¿O aflojar el cinturón de Orión? ¿Puedes conducir a los Mazzaroth en su temporada, o puedes guiar la Osa con sus hijos?” (v. 31-32). Obviamente, la respuesta a estas preguntas retóricas que vienen con la rapidez de una ametralladora es siempre, “No, no, no.” Dios machaca en la inferioridad y subordinación de Job con Su interrogatorio. Dios continua con pregunta tras pregunta acerca de la habilidad de hacer cosas que Job no puede hacer pero que Dios claramente puede hacerlas. En el capítulo 40, Dios finalmente le dice a Job, “¿Debería un criticón luchar contra el Todopoderoso? Él que reprende a Dios, responda a esto” (v. 2). Ahora, la respuesta de Job no es de demanda desafiante de respuestas a su miseria. Más bien dice, “He aquí, yo soy insignificante; ¿qué puedo yo responderte? Mi mano pongo sobre la boca. Una vez he hablado, y no responderé; aun dos veces, y no añadiré más.” (v. 4-5). Y una vez más Dios prosigue la interrogación y va aún más profundo en el fuego rápido de la interrogación que muestra el contraste abrumador entre el poder de Dios, quien es conocido en Job como El Shaddai, y contrastante la impotencia de Job. Finalmente, Job confiesa que esas cosas eran demasiado maravillosas. Él dice, “He sabido de ti sólo de oídas, pero ahora mis ojos te ven. Por eso me retracto, y me arrepiento en polvo y ceniza.” (42:5-6). Lo que se debe notar en este drama, es que Dios nunca responde directamente a las preguntas de Job. No dice, “Job, la razón por la que has sufrido es esta o aquella”. Más bien, los que Dios hace en el misterio de la iniquidad de un sufrimiento tan profundo, es que Él responde a Job con Sí mismo. Esta es la sabiduría que responde a la pregunta del sufrimiento — no la respuesta de porqué tengo que sufrir de un modo particular, en un momento particular, y en una circunstancia particular, sino dónde descansa mi esperanza en medio del sufrimiento. La respuesta a esto proviene claramente de la sabiduría del libro de Job, que concuerda con las demás premisas de la literatura de sabiduría: el temor del Señor, la asombro y la reverencia ante Dios, es el principio de la sabiduría. Y cuando estamos perplejos y confundidos por cosas de este mundo que no podemos entender, no buscamos respuestas específicas a preguntas específicas, sino que buscamos conocer a Dios en Su santidad, en Su rectitud, en Su justicia, y en Su misericordia. He aquí la sabiduría que se encuentra en el libro de Job

8 estudio

La Noche Oscura del Alma

La noche oscura del alma. Este fenómeno describe una enfermedad que los más grandes de los cristianos han sufrido de vez en cuando. La enfermedad que provocó que David empapara de lágrimas su cama y que le ganó a Jeremías el apodo de “El Profeta Llorón.” Fue la enfermedad que afligió tanto a Martín Lutero que su melancolía amenazaba con destruirle. Este no es un ataque ordinario de depresión, pero es una depresión que está ligada a una crisis de fe, una crisis que viene cuando se siente la ausencia de Dios o se da lugar a una sensación de ser abandonado por Él.

La depresión espiritual es real y puede ser grave. Nos preguntamos cómo una persona de fe puede experimentar tales bajones espirituales, pero lo que sea que los provoca no lo aparta de su realidad. Nuestra fe no es una acción constante. Se mueve. Vacila. Nos movemos de fe en fe y entretanto podríamos tener periodos de duda cuando gritamos: “Señor creo; ayúdame en mi incredulidad.”

Podemos pensar también que la noche oscura del alma es algo completamente incompatible con el fruto del Espíritu, no solo el de la fe, sino también el del gozo. Una vez que el Espíritu Santo ha inundado nuestros corazones con un gozo indescriptible, ¿cómo puede haber lugar en el para tal oscuridad? Es importante que distingamos entre el fruto espiritual del gozo y el concepto cultural de la felicidad. Un cristiano puede tener gozo en su corazón mientras tiene depresión espiritual en su cabeza. La alegría que tenemos nos sostiene durante esas noches oscuras y no se ahoga por una depresión espiritual. El gozo del cristiano es uno que sobrevive a todos los bajones de la vida.

En su segunda carta a los Corintios, Pablo encomienda a sus lectores la importancia de predicar y comunicar el Evangelio a la gente. Pero a través de eso, él le recuerda a la iglesia que el tesoro que hemos recibido de Dios es un tesoro que no está contenido en vasos de oro y plata pero en lo que el apóstol llama “vasos de barro.” Por esta razón él dice: “Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la extraordinaria grandeza del poder sea de Dios y no de nosotros. Afligidos en todo, pero no agobiados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos; llevando siempre en el cuerpo por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.” (2 Cor. 4:7-10)

Este pasaje indica los límites de la depresión que nosotros experimentamos. La depresión puede ser profunda, pero no es permanente, ni es fatal. Toma en cuenta que el apóstol Pablo describe nuestra condición de varias maneras. Dice que estamos “afligidos, perplejos, perseguidos, y derribados.” Estas son imágenes poderosas que describen el conflicto que los cristianos deben resistir, pero en cada lugar que él describe este fenómeno, él describe al mismo tiempo sus límites. Afligidos en todo, pero no agobiados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos.

Así que tenemos esta presión que resistir, pero la presión, aunque es severa, no nos agobia. Podremos estar confundidos y perplejos, pero el punto bajo al que nos lleva la perplejidad no ocasiona una desesperación total y completa. Aún en la persecución, y lo sería que ésta pueda ser, todavía no estamos abandonados, y podremos sentirnos abrumados y derribados como mencionó Jeremías, y todavía tener lugar para el gozo. Pensemos en el profeta Habacuc, quien en su miseria permaneció confiado en que a pesar de las dificultades por las que tuvo que pasar, Dios le daría “pies como los de las ciervas, y por las alturas me hace caminar.”

En otro lugar, el apóstol Pablo al escribir a los Filipenses les amonestó de que “por nada estéis afanosos,” diciéndoles que la cura para la ansiedad se encuentra en sus rodillas, que es la paz de Dios que calma nuestro espíritu y disipa la ansiedad. De nuevo, podemos estar ansiosos y nerviosos y preocupados sin estar últimamente sometidos a la desesperación total.

Esta coexistencia entre la fe y depresión espiritual va paralela a otras declaraciones bíblicas de condiciones emotivas. Se nos dice que es perfectamente legítimo para los creyentes que sufran quebranto. Nuestro Señor era un varón de dolores y experimentado en quebranto. Aunque el quebranto pueda llegar a hasta las raíces de nuestras almas, no puede resultar en amargura. La pena es una emoción legítima, y en ocasiones hasta una virtud, pero no debe haber lugar en el alma para la amargura. De igual manera, vemos que es bueno ir a la casa del luto, pero aún en el luto, este sentimiento bajo no debe dar lugar a odio. La presencia de la fe no garantiza de la ausencia de depresión espiritual; pero de todas maneras, la noche oscura del espíritu siempre da lugar al resplandor del mediodía de la presencia de Dios

9 estudio

El Rey de Reyes

El evangelio de Lucas termina con una afirmación que llama la atención: “Entonces los condujo fuera de la ciudad, hasta cerca de Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado arriba al cielo. Ellos, después de adorarlo, regresaron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el templo alabando a Dios.” (24:50-53)

Lo que llama la atención de este pasaje es que cuando Lucas describe la partida de Jesús al cielo, la respuesta de sus discípulos fue regresar a Jerusalén sintiendo un “gran gozo”. Pareciera que la partida de Jesús inculcara en Sus discípulos un sentimiento de gran euforia. Esto se hace aún más desconcertante cuando tomamos en cuenta los sentimientos expresados por los discípulos cuando Jesús les habló sobre Su próxima partida. En ese momento, la idea de que su Señor los dejara les provocó una sensación de profundo desconsuelo. Parecía que nada podía ser más deprimente que anticipar la separación que se daría de la presencia de Jesús. Sin embargo, en un tiempo muy corto, esa depresión se transformó en una felicidad indescriptible.

Tenemos que preguntarnos qué es lo que provocó ese cambio tan radical en los sentimientos de los discípulos de Jesús. La respuesta a esta pregunta está clara en el Nuevo Testamento. Entre el tiempo en que Jesús anunciara su partida y el tiempo real de su partida, los discípulos comprendieron dos cosas: Primero, ellos entendieron por qué Jesús se iba. Segundo, comprendieron a cuál lugar Él estaba yendo. Jesús partiría no para dejarlos solos y sin esperanza, sino, para ascender al Cielo. El concepto del Nuevo Testamento en relación a la ascensión significa mucho más que irse a los cielos o incluso a la residencia celestial. En Su ascensión, Jesús iba a un lugar determinado por una razón específica. Él ascendía con el propósito de ser investido y coronado como “El Señor de señores”. El título que el Nuevo Testamento utiliza para denominar a Jesús en su condición de rey es “Rey de reyes”, como también “El Señor de señores”. Esta significativa estructura literaria quiere decir mucho más que el adoptar una posición de autoridad que lo capacitaría para gobernar sobre reyes menos importantes. Esta es una estructura que indica la supremacía de Jesús en Su posición de majestad monárquica. Él es Rey en el más amplio sentido del poder monárquico.

En términos bíblicos es impensable que exista un rey sin tener reino. Al ascender Jesús a Su coronación como rey, esa coronación trae también la designación dada por el Padre del reino sobre el cual Él manda. El reino es toda la creación.

En la teología moderna encontramos dos grandes errores en relación al concepto bíblico del reino de Dios. El primero es que el reino ya ha sido totalmente establecido y que no queda nada para ser manifestado en el reino de Cristo. Este punto de vista podría describirse como una escatología (últimos tiempos) sobre-realizada. Con la realización de la plenitud del reino, no habría nada más para anhelar en cuanto al triunfo de Cristo. El otro error es en el que cree una gran mayoría de los cristianos: que el reino de Dios es algo totalmente futurista, o sea, no hay posibilidad de que el reino de Dios ya exista. Este punto de vista toma una posición tan fuerte hacia la dimensión futura del reino de Dios, que incluso en algunos pasajes del Nuevo Testamento, como el de Mateo 5-6 (Bienaventuranzas), no tienen ninguna aplicación en la iglesia hoy en día, ya que pertenecen a una era futura del reino que aún no ha comenzado.

Los dos puntos de vista mencionados son contrarios a la enseñanza clara del Nuevo Testamento, que dice que el reino de Dios, efectivamente, ya ha comenzado. El Rey tiene su posición. Él ya ha recibido toda la potestad sobre los Cielos y la Tierra. Esto significa que nuestro Rey Jesús tiene la autoridad suprema sobre los reinos de la tierra y del universo mismo. No existe nada en este mundo, ningún reino o símbolo de poder que no esté bajo Su mandato y Su poder. En las cartas de Pablo a los Filinenses, capítulo 2, en el famoso himno a la kenosis del Creador, se menciona que se le es dado a Jesús un nombre que está por encima de todos los otros nombres. El nombre que se le ha dado y que supera cualquier otro título que un hombre pueda recibir, es un nombre reservado para Dios. Es el título de Dios: *Adonai*, que significa “El que es absolutamente soberano”. Otra vez, este título implica la autoridad suprema del que es el Rey de toda la Tierra. La traducción que se hace en el Nuevo Testamento del Viejo Testamento del título *adonai*, es la palabra *señor*. Cuando Pablo dice que en el nombre de Jesús toda rodilla debe doblarse y cada boca debe confesar, la razón para arrodillarse es la reverencia, y la de confesar es declarar con sus labios que Jesús es Señor. Esto quiere decir que Él es amo soberano. Ésta fue la profesión de fe inicial de la primera iglesia.

Luego Roma, en su mal guiada tiranía pagana, trató de forzar un juramento al culto del emperador, en la que se obligaba a toda la gente a recitar la frase: *kaisar kurios* -“Cesar es el señor”. Los cristianos respondían mostrando toda la sumisión civil posible, pagando los impuestos, honrando al rey, siendo ciudadanos ejemplares, pero no podían, en buena conciencia, obedecer al mandato de proclamar a Cesar como su señor. Su respuesta al juramento de lealtad, *Kaisar kurios*, era tan profunda en sus ramificaciones como era simple en su expresión, *Jesus ho kurios*, Jesús es el Señor. El reinado de Jesús no es simplemente una esperanza de los

cristianos de que algún día se realizará; es una verdad que ya existe. Es obligación de la iglesia ser testigo de ese reino invisible, o como lo puso Calvino, es la obligación de la iglesia hacer visible el Reino invisible de Cristo. Aunque es invisible, es auténticamente real

10 estudio.

El Mensajero

El ubicuo logo que aparece en la calcomanía de las ventanas de casi todas las florerías de América, indicando el servicio de E.F.T. (Entrega de Flores por Telegrama),^[1] muestra la imagen de la deidad mitológica a la que los romanos llaman Mercurio y los griegos Hermes. Mercurio (o Hermes) es representado con alas en el casco y alas en los pies. Estas alas eran usadas para alcanzar una velocidad sobrehumana, un atributo imprescindible para la deidad descrita como el “mensajero de los dioses”.

El término “hermenéutica” contiene la misma raíz que utiliza el nombre del homólogo griego de Mercurio, Hermes. La raíz significa la entrega de un “mensaje”. Cuando leemos la Biblia, no creemos encontrar la sabiduría Olímpica de Zeus o Júpiter, sino la misma Palabra del Dios Más Alto. La Biblia es la palabra divina o el “mensaje” de Dios. Es el mensaje de Dios porque pertenece a Dios y viene de Dios. El Cristianismo Ortodoxo afirma lo infalible del mensaje divino y la inspiración de los autores humanos que Dios utilizó para entregar ese mensaje. Los profetas y apóstoles no originaron el mensaje; ellos eran simplemente el vehículo del mensaje, o los mensajeros nombrados por Dios. (Es irónico que el apóstol Pablo fue confundido una vez con el mismo Hermes).

El problema al que nos enfrentamos respecto a la interpretación bíblica es que, aunque el mensaje es infalible y los mensajeros están inspirados, los receptores del mensaje no son infalibles ni están inspirados (a menos que creas en la infalibilidad de la iglesia – lo cual sólo mueve el problema un paso más allá). El mensaje nos llega tarde o temprano, y podemos malinterpretar el mensaje y a los mensajeros.

Por este motivo contamos con una ciencia llamada hermenéutica – para ayudarnos a obtener la interpretación correcta del mensaje bíblico. Nota que he dicho la interpretación correcta, no una interpretación correcta. He utilizado el artículo definido y no el indefinido. Asumo aquí que aunque puede haber 1.000 aplicaciones de un texto concreto, sólo hay un significado correcto. Decimos esto porque no creemos que la Biblia sea una nariz de cera que pueda moldearse dando forma a cualquier figura según el deseo subjetivo del lector.

La hermenéutica clásica busca el significado objetivo de las Escrituras antes de que pueda ser debidamente aplicado al sujeto de la lectura. En las últimas décadas, el asunto del significado objetivo se ha convertido en un gran tema de discusión entre los estudiosos de la Biblia. En este momento, se está librando una guerra hermenéutica sobre este mismo punto. Por ejemplo, Rudolf Bultman argumentaba que el descubrimiento del significado objetivo de la Biblia no sólo no es posible, sino que no es deseable. Aquí la influencia de la filosofía subjetiva y existencial ha extraído el cuerpo de las Escrituras, y no sabemos dónde lo ha depositado.

La Reforma trajo consigo el énfasis en la búsqueda del sentido literal de la Biblia. Este principio a menudo se malinterpreta gravemente. Lo que Lutero quería decir con *sensus literalis* (sentido literal) de las Escrituras es que la Biblia debe ser entendida e interpretada como la literatura. Es un mensaje escrito que emplea una amplia variedad de formas y recursos literarios. Contiene narrativa histórica, cartas (epístolas), poesía, etc. Hace uso de la personificación, los símiles, aforismos, proverbios, sermones, hipérboles, y recursos por el estilo. Interpretar la Biblia “literalmente” es tratar la narrativa como narrativa, la poesía como poesía, la didáctica como didáctica, el proverbio como proverbio, etc. Imponer las normas literarias de la poesía a la narrativa histórica o las normas de la narrativa a la poesía es distorsionar el significado del texto. En este aspecto, la Biblia, aunque no es como cualquier otro libro en cuanto a su inspiración y origen divino, debe ser leída como cualquier otro libro. La inspiración del Espíritu Santo no convierte un sustantivo en verbo ni la voz activa en pasiva, o el subjuntivo en indicativo. Ser responsable en la interpretación de las Escrituras requiere que aprendamos los rudimentos de la gramática y de la interpretación literaria.

Debido a que la Biblia ha sido traducida a una multitud de lenguas, es importante recordar que ninguna traducción se conforma exactamente palabra por palabra a los textos originales en hebreo y griego de la Biblia. Es por esto que muchos, si no la mayoría, de los seminarios requieren un estudio de las lenguas originales de la Biblia.

La Biblia también fue escrita dentro de un contexto histórico. Será útil para el estudioso serio de las Escrituras saber algo sobre el contexto histórico en que la Biblia fue escrita. Esto nos ayuda a salvaguardarnos de la tendencia de leer nuestro propio contexto histórico y cultural en el texto de la Biblia. Estamos separados, cultural, histórica, y lingüísticamente por miles de años de los textos originales de la Biblia.

Otro problema que encontramos al interpretar la Biblia es un problema lógico. Incluso si dominamos las lenguas antiguas en términos de vocabulario y gramática, y nos convertimos en expertos estudiosos de la historia y la cultura antiguas, no hay garantía de que interpretemos la Biblia con exactitud. Una de las causas más frecuentes de malinterpretación de las Escrituras es hacer deducciones ilegítimas de los textos. Es decir, cometemos errores de lógica, extrayendo conclusiones injustificadas de lo que leemos. Las reglas básicas de la lógica y la deducción lógica del texto son de vital importancia para una interpretación sólida. Por ejemplo, necesitamos saber la diferencia entre una deducción posible y una deducción necesaria. Déjame que lo ilustre. ¿Tenía Jesús, en su cuerpo resucitado, la capacidad de traspasar objetos sólidos como por ejemplo puertas? Tu manera de responder a la pregunta puede depender de cómo entiendes el significado del registro bíblico que describe cómo Jesús apareció antes Sus discípulos en la Sala Superior donde estaban reunidos. El relato nos cuenta que la puerta estaba cerrada “por miedo a los Judíos”. ¿Era el propósito de la inclusión de este detalle sobre la puerta una intención del autor para contarnos algo sobre el estado del cuerpo resucitado de Jesús o era simplemente llamar la atención sobre el estado de los discípulos (miedo) en el momento de la aparición de Jesús? La Biblia no afirma explícitamente que Jesús atravesara la puerta cerrada. Simplemente dice que Él apareció en medio de ellos. El texto puede implicar que Jesús atravesó un objeto sólido pero no lo declara explícitamente. El hecho de que atravesara objetos sólidos es una deducción posible extraída del texto, pero no es una deducción necesaria.

Esto no es más que un ejemplo de una multitud de textos que son utilizados para construir teologías o deducciones que son, ya sea meramente posibles, o en realidad ilegítimas.

Estas son algunas de las razones por las que un estudioso prudente de la Biblia será diligente en el uso de buenos comentarios, ya que a menudo nos ayudan a evitar nuestras inclinaciones subjetivas a distorsionar el texto.

El intérprete último de la Biblia es la Biblia misma. La norma básica de la hermenéutica bíblica es la “norma de la fe”, de que las Escrituras son sus propios intérpretes. No debemos insultar nunca al Espíritu de Dios interpretando las Escrituras de tal manera que no hagamos justicia con lo que las Escrituras dicen en otros sitios.

1. ↑ Nota del traductor: Las flores por telegrama datan de hace más de un siglo. Cuando alguien quería enviar flores a un ser querido de otra ciudad, el florista del pueblo le ayudaba contratando a un florista de su confianza en la ciudad de destino.
- 11 estudio

El Nuevo Nacimiento

La regeneración precede a la Fe. Esta afirmación que captura el corazón de la teología distintiva del pensamiento histórico Agustiniano y Reformado, es la afirmación "parte aguas" que distingue esa teología de todas las formas de semi-Pelagianismo. Esto es, lo distingue de casi todas las formas de semi-Pelagianismo.

Hay una posición histórica de semi-Pelagianismo que aboga por la perspectiva de un beneficio universal que abarca a toda la humanidad como resultado de la expiación de Jesús. Este beneficio universal es la regeneración de todos los hombres - por lo menos al grado que los rescate de la inhabilidad moral de su pecado original y ahora les da la capacidad de tener la habilidad de ejercer su fe en Cristo. Esta nueva habilidad de creer hace posible la Fe, pero de ninguna manera la hace efectiva. Este tipo de regeneración no trae en su despertar la certeza de que aquellos quienes renacieron pondrán de hecho su Fe en Cristo.

Por lo demás, de cualquier modo, la declaración, "La regeneración precede a la Fe", es la posición "parte aguas" que les causa apoplejía en la mente a los semi-Pelagianos. Los semi-Pelagianistas alegarían que a pesar de los estragos de la caída, el hombre aún tiene una isla de justicia que permanece en su alma, por la cual aún puede aceptar o rechazar la oferta de gracia por parte de Dios. Esta perspectiva, tan ampliamente sostenida en los círculos evangélicos, alega que uno debe creer en Cristo para poder nacer nuevamente, y de este modo el orden de la salvación se invierte en esta visual manteniendo que la fe precede a la regeneración.

De cualquier modo, cuando consideramos la enseñanza en este asunto como se encontró en las anotaciones de Juan sobre la discusión de Jesús con Nicodemo, vemos el énfasis que Jesús pone en la regeneración como condición necesaria, "siempre que...", para creer en Él. Le dice a Nicodemo en Juan 3:3: "En verdad te digo, que a menos que uno vuelva a nacer, no podrá ver el reino de Dios." Nuevamente en los versículos 5-7, Jesús dice, "En verdad les digo, que a menos que uno nazca del agua y del Espíritu, no podrá entrar al reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu. No te asombres de lo que te digo, 'Debes volver a nacer.'". Lo mandatorio de la regeneración, de lo que Jesús habla es necesario aún para ver el reino de Dios, más aún para entrar a él. No podemos ejercer nuestra fe en un reino al que no podemos entrar si no es por el re-nacimiento.

La debilidad de todo el semi-Pelagianismo es que invierte en los caídos, corrompe la carne del hombre el poder ejercer su fe. Aquí, el hombre caído puede venir a Cristo sin regeneración, es decir, antes de la regeneración. Por otro lado, el axioma de que la regeneración precede a la fe, incide totalmente en el corazón del asunto histórico entre Agustinianismo y semi-Pelagianismo.

En la perspectiva del Agustinianismo y Reformismo, la regeneración se ve primero que nada como un trabajo sobrenatural de Dios. La regeneración es el trabajo divino de Dios, el Espíritu santo sobre las mentes y almas de la gente caída, por el cual el Espíritu fustiga a aquellos quienes están espiritualmente muertos y los hace espiritualmente vivos. Este trabajo sobrenatural rescata a esta persona de su apego al pecado y su incapacidad moral de inclinarse por sí mismo hacia las cosas de Dios. La regeneración, por ser un trabajo sobrenatural, es un trabajo que no puede ser logrado por un hombre común por sí mismo. Si fuera un trabajo común, no requeriría la intervención de Dios el Espíritu santo.

En segundo lugar, la regeneración es un trabajo monergístico. "Monergístico" significa que es el trabajo de una persona que ejerce su poder. En el caso de la regeneración, es solamente Dios quien tiene la capacidad, y es solamente Dios quien ejecuta el trabajo de regeneración del alma humana. El trabajo de regeneración no es una actividad conjunta entre la persona caída y el divino Espíritu; es solamente el trabajo de Dios.

En tercer lugar, el trabajo monergístico del Espíritu Santo es un trabajo inmediato. Es inmediato en el tiempo, y es inmediato en relación al principio de operar sin intermediarios. El Espíritu Santo no usa nada más que su propio poder para rescatar a una persona de la muerte espiritual a la vida espiritual, y cuando el trabajo se logra, se logra instantáneamente. Nadie es regenerado parcialmente o casi regenerado. Aquí tenemos una situación clásica de o es/ o. Una persona o vuelve a nacer, o no vuelve a nacer. No hay un periodo de nueve meses de gestación en relación a este nacimiento. Cuando el Espíritu cambia la disposición del alma humana, lo hace instantáneamente. Una persona puede no estar consciente de este trabajo interno logrado por Dios por algún tiempo después de que en realidad ha ocurrido. Pero aunque nuestra percepción de él puede ser gradual, la acción es instantánea.

En cuarto lugar, el trabajo de regeneración es efectivo. Esto es, cuando el Espíritu Santo regenera un alma humana, el propósito de esa regeneración es de dar a esa persona la fe salvadora en Jesucristo. El propósito se efectúa y es logrado como el propósito de Dios en la intervención. La regeneración es más que darle a una persona la posibilidad de tener fe, le da la certeza de poseer esa fe salvadora.

El resultado de nuestra regeneración es primero que nada fe, la cual resulta entonces en justificación y adopción en la familia de Dios. Nadie nace en este mundo como hijo de la familia de Dios. Nacemos como hijos de la ira. La única forma de entrar en la familia de Dios es la adopción, y la adopción ocurre cuando nos unimos al único Hijo engendrado de Dios por la fe. Cuando nos unimos a Cristo por la fe, entonces somos adoptados por la familia en la que Cristo es el primogénito. La regeneración por lo tanto involucra un nuevo génesis, un nuevo principio, un nuevo nacimiento. Es por ese nacimiento que somos adoptados en la familia de Dios.

Finalmente, es importante ver que la regeneración es un regalo que Dios otorga soberanamente a todos aquellos quienes el determina traer a ser parte de su familia.

12 estudio

El Orden de la Creación

En la creación del mundo, Dios creó al hombre a su imagen. El término "hombre" es utilizado con un sentido genérico, ya que podemos ver que el hombre fue creado varón y hembra. En el orden de la Creación, el dominio sobre la tierra fue dado al hombre. En este aspecto, Adán y Eva servían como vice-regentes de Dios. Eva formó parte de este dominio; si consideramos que el dominio que tenía Adán era como una especie de reinado sobre la creación, Eva sería su reina. No obstante, está claro desde el punto de vista de la Creación que Eva ocupaba un puesto subordinado a Adán. Desempeñaba el papel de "ayuda idónea".

El movimiento feminista ha puesto en relieve varios asuntos relacionados a este orden de la Creación. Por ejemplo, los pasajes del Nuevo Testamento que hablan sobre la sumisión de las esposas a sus esposos y que sólo los hombres podían hablar en la iglesia han levantado enérgicas protestas. Se le ha acusado a Pablo de ser un machista del siglo I a la vez que otros han intentado ponerlo en un contexto histórico y relativizar estas reglas con el argumento de que solamente eran costumbres culturales pertinentes al siglo I, pero no al mundo moderno. También se ha sostenido que el principio de la sumisión es una ofensa para las mujeres, robándoles su dignidad y relegándoles a un nivel de individuos inferiores.

Respecto a este último punto, la suposición errónea que se hace es que subordinación significa inferioridad o que la subordinación destruye la igualdad en cuanto a dignidad, inteligencia y valor. Lamentablemente, el machismo muchas veces ha sido impulsado por esta idea equivocada, con hombres que suponen que la razón por la cual Dios mandó a las mujeres a someterse a los maridos fue porque las mujeres fueran inferiores.

Desde el punto de vista de nuestro entendimiento de las personas de la Divinidad podemos ver que esta deducción es completamente falsa. Cuando hablamos de la redención, el Hijo se somete al Padre y el Espíritu Santo se somete al Padre y al Hijo. Esto no significa que el Hijo es inferior al Padre, ni que el Espíritu Santo es inferior al Padre y al Hijo. Nuestro entendimiento de la Trinidad es que las tres personas de la Divinidad son iguales en existencia, valor y gloria. Son co-eternos y co-existentes.

De la misma manera, en una jerarquía organizada no pensamos que sólo porque el vicepresidente es subordinado al presidente, el vicepresidente es inferior al presidente como persona. Es obvio que subordinación no se traduce por inferioridad.

La cuestión de que si la sumisión de las esposas a sus esposos en el matrimonio y las mujeres a los hombres en la iglesia es una mera costumbre cultural de los tiempos antiguos es una cuestión ardiente. Si de verdad estos asuntos fueran establecidos como costumbres culturales y no como principios vinculantes sería una injusticia aplicarlos a sociedades donde no pertenecen. Por otro lado, si fueron dados como principios transculturales por un mandato divino y los tratamos como meras convenciones culturales sería ofender al Espíritu Santo y rebelarnos contra Dios mismo.

En otras palabras, si los pasajes bíblicos sólo reflejan el machismo del primer siglo rabínico judío, no merecen nuestra aceptación. Sin embargo, si Pablo lo escribió inspirado por el Espíritu Santo, y si el Nuevo Testamento es Palabra de Dios, entonces la acusación de machismo debe ser aplicado no sólo a Pablo sino también al Espíritu Santo mismo – una acusación que no se podría pasar por alto impunemente.

Si estamos convencidos de que la Biblia es Palabra de Dios y sus mandatos son mandatos de Dios, ¿cómo podemos discernir entre costumbres y principios?

He escrito sobre este asunto de la cultura y la Biblia en mi libro *Conociendo las Escrituras (Knowing Scripture)*. En él menciono que a menos que lleguemos a la conclusión de que toda la Escritura son principios y por tanto válidos para todas las personas en todos los tiempos y lugares, o que la Escritura es una simple colección de costumbres locales condicionadas por la cultura sin ninguna relevancia o aplicación necesaria más allá de su contexto histórico inmediato, estamos obligados a descubrir algunas pautas para discernir las diferencias entre principio y costumbre.

Para ilustrar este problema vamos a ver lo que pasa si mantenemos que todo en la Escritura es principio. Si este fuera el caso tendríamos que hacer cambios radicales en el evangelismo. Jesucristo mandó a sus discípulos “No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias...” (Lucas 10:4a). Si hacemos de este texto un principio transcultural tendríamos que evangelizar descalzos. Está claro que hay cuestiones bíblicas que reflejan una costumbre histórica. No se nos exige llevar el mismo tipo de ropa que llevaron las personas bíblicas, o pagar nuestro diezmo en shekel o denarios. Cosas como ropa o dinero están sujetas a cambios.

Una de las consideraciones más importantes a la hora de determinar la cuestión de principio o costumbre es si el asunto en cuestión incluye una ordenanza de la creación. Las ordenanzas de la creación se pueden distinguir tanto de leyes del antiguo pacto como mandatos del nuevo pacto. La primera consideración está relacionada con las partes de los diferentes pactos. En el Nuevo Testamento, el pacto está hecho para creyentes cristianos. Por ejemplo, los creyentes deben celebrar la Cena del Señor. Sin embargo, este mandato no se extiende a los no creyentes, que por el contrario se les advierte no participar en este sacramento. De la misma manera existen leyes en el Antiguo Testamento que sólo era de aplicación para los judíos.

Pero nos preguntamos, ¿quiénes son las partes del pacto de la Creación? En la Creación, Dios hace un pacto no simplemente con los judíos o con los cristianos, sino con toda la humanidad. Mientras existan seres humanos en la relación pactada con el Creador, las leyes de la Creación permanecen intactas. Están reafirmadas tanto en el antiguo pacto como en el nuevo.

Si algo trasciende una costumbre cultural, es una ordenanza de la creación. Por tanto, es algo muy peligroso tratar el asunto de la subordinación en el matrimonio y en la iglesia como meras costumbres locales cuando queda claro que los mandatos del Nuevo Testamento para estas cuestiones se apoyan en el llamado apostólico de la Creación. Estos llamados indican claramente que estos mandatos no pretendían ser considerados como costumbres locales. El hecho de que la iglesia moderna muchas veces trata normas divinas como simples costumbres refleja no tanto el condicionamiento cultural de la Biblia sino el condicionamiento cultural de la iglesia moderna. Este es un caso en que la iglesia cede a la cultura local en vez de obedecer la ley trascendental de Dios.

Si uno estudia una cuestión como esta con cuidado y es capaz de discernir si una cuestión es un principio o una costumbre, ¿qué debería hacer esta persona?

Aquí entra en juego un principio de humildad, un principio establecido en el axioma del Nuevo Testamento de que lo que no viene de la fe es pecado. ¿Se acuerda del antiguo dicho “Si tienes dudas, no lo hagas”? Si somos demasiado escrupulosos y consideramos una costumbre como un principio no somos culpables de pecado – no hay pena si no hay delito. Por el otro lado, si tratamos un principio como si fuera una costumbre que se puede dejar a un lado seríamos culpables de desobediencia hacia Dios.

Las ordenanzas de la Creación pueden modificarse, tal como se hizo con las leyes mosaicas respecto al divorcio, pero el principio aquí es que las ordenanzas de la Creación son normativas a menos que o hasta que sean modificadas explícitamente por revelación bíblica posteriormente

C.S. Lewis salió a la luz como el icono del s. XX en el mundo de la literatura cristiana. Su gran trabajo, que combina el razonamiento intelectual agudo con la imaginación creativa dispar, le hizo famoso no sólo en el mundo cristiano sino también en el laico. Las Crónicas de Narnia y La trilogía del espacio, donde abunda el simbolismo cristiano dramático, las leyeron ávidamente aquellos sin interés alguno en el cristianismo, pero que gozaron de la absoluta fuerza del drama de las propias historias. C.S. Lewis, un experto en literatura inglesa, hizo también las veces de intelectual cristiano. Poseía una pasión que alcanzaba el mundo intelectual de su tiempo en representación del cristianismo. Mediante sus luchas personales con la duda y el dolor, fue capaz de allanar unos cimientos intelectuales sólidos en su propia fe. C.S. Lewis no tenía interés en un salto místico de fe desprovista del examen racional. Detestaba a aquellos que dejaban sus mentes en el lote del aparcamiento al acudir a la iglesia y estaba convencido que el cristianismo se trataba en el fondo de algo racional y defendible con el argumento sólido. Su obra mostraba el enlace del arte y la ciencia, de la razón y de la imaginación creativa dispar. Su don de la escritura creativa se correspondió con pocos de sus contemporáneos del s. XX. Fue realmente un genio literario capaz de expresar la profunda verdad cristiana a través del arte de manera similar a aquella conseguida por Bach con su música y por Rembrandt con su pintura. Incluso hoy día, su obra introductoria a la fe cristiana (*El cristianismo puro*) permanece como un bestseller perenne.

Cabe observar que a pesar de ser un experto literario, C.S. Lewis permanece como un laico en términos teológicos. Efectivamente, se trataba de un laico culto y estudiado, pero que no se benefició de las destrezas de la formación técnica de la teología. Algunas de sus observaciones teológicas indican una cierta falta de entendimiento técnico del que se le puede disculpar ciertamente. Su obra *El cristianismo puro* ha sido el único volumen más importante de la apologética conocida del mundo cristiano del s. XX. De nuevo, Lewis, con su estilo incomparable, fue capaz de llegar al quid del núcleo fundamental de la fe cristiana sin deformarlo en categorías simplistas.

Su razonamiento, aunque fuerte, no fue siempre técnicamente sólido. Por ejemplo, en su defensa de la resurrección, utilizó un argumento que ha impresionado a muchos a pesar de su invalidez. Sigue un viejo razonamiento sobre que las reivindicaciones de la verdad de los escritores del Nuevo Testamento acerca de la resurrección de Jesús se verifican con su buena voluntad de morir por las verdades que propugnaron. Y la pregunta que se formula: ¿Qué resulta más fácil de creer: que esos hombres crearon un falso mito y luego murieron por esa falsedad o que Jesús realmente regresó de la sepultura? La respuesta a esta pregunta es sencilla a primera vista. Resulta mucho más fácil creer que los hombres fueron engañados con esta falsedad en la que creían realmente, y estarían dispuestos a dar sus vidas por ello, que creer que alguien regresó de la muerte. Tiene que haber alguna otra razón que apoye la reivindicación de la verdad de la resurrección de aquella de las personas dispuestas a morir por ella. Se podría observar la violencia de Oriente Medio y las 50.000 personas tan persuadidas por las verdades del Islam que eran capaces de sacrificarse con bombas suicidas. La historia está repleta de ejemplos de gente engañada que han muerto por sus falsas creencias, pero no está llena de ejemplos de resurrecciones. Sin embargo, a pesar de la falta de solidez de este argumento en especial, Lewis creó una gran impresión en las personas que se encontraban involucradas en sus exploraciones iniciales de las reivindicaciones de la verdad del cristianismo.

Hasta este día, las personas que no lean la biblia o literatura cristiana, cogerán *El cristianismo puro* y se encontrarán comprometidos con los procesos mentales agudos de C.S. Lewis. La iglesia tiene una gran deuda con este hombre por su falta de voluntad de capitular el irracionalismo que marcó tanto al pensamiento cristiano en el s. XX (un irracionalismo que produjo lo que muchos describen como un "cristianismo mecánico").

El cristianismo de C.S. Lewis se trata de algo consciente donde existe una unión maravillosa entre la cabeza y el corazón. Lewis era un hombre de gran sensibilidad al dolor humano y experimentó el crisol de la santificación a través del dolor y de la angustia personal. Su sensibilidad se desarrolló de tales experiencias y su habilidad para comunicarlo honorablemente. El ser creativo es la señal de profundidad, el ser creativo sin distorsión alguna resulta realmente raro y aún en las historias que C.S. Lewis hiló, los poderes de la creatividad alcanzaron niveles como nunca antes. Aslan, el león de Las Crónicas de Narnia, captura el personaje y la personalidad de Jesús; es simplemente asombroso. Creo que cada generación continuará beneficiándose de las apreciaciones plasmadas en papel por esta personalidad asombrosa.

14 estudio.

"Tres Escuelas

El filósofo francés Blaise Pascal describió al hombre como una criatura de profunda paradoja, puesto que los seres humanos son criaturas capaces de la más alta grandeza y la miseria más baja, a menudo simultáneamente pero no en la misma relación, por supuesto. Parte de nuestra grandeza reside en nuestra capacidad de contemplarnos a nosotros mismos. Si los animales son conscientes de sí mismos en el sentido de que pueden reflexionar sobre sus orígenes y destinos, o meditar sobre su lugar en el gran plan del universo, es un punto debatido. Sin embargo, lo que tiene poco espacio para el debate es que el hombre tiene una capacidad compleja y superior de hacer esto. Este don de la contemplación tiene un inconveniente: el dolor. Nuestra miseria se ve a menudo reforzada por nuestra capacidad para contemplar una vida mejor de la que actualmente disfrutamos. Frecuentemente esta miseria está acompañada por la conciencia de que somos incapaces de obtener o lograr la vida ideal. De este conocimiento es del que se nutren nuestros sueños y pesadillas.

Podemos gozar de buena salud, pero no de una salud perfecta. Podemos imaginar la vida sin dolores y molestias, caries dentales y enfermedades que nos incapacitan, pero nadie ha encontrado aún la manera de garantizar tal libertad física. Todos nos enfrentamos a la certeza de la agonía y la muerte.

El hombre pobre puede soñar con riquezas incalculables, pero se siente frustrado cuando la lotería le pasa de largo. Incluso el hombre rico puede contemplar una mayor abundancia de riquezas, pero mientras que la abundancia tiene un límite, nuestro anhelo es ilimitado.

Enfermos o sanos, pobres o ricos, con éxito o sin éxito, podemos sentirnos acosados por el problema desconcertante de que la vida nos podría proporcionar un estado mejor del que disfrutamos actualmente.

La vía de escape bíblica que nos libra de la frustración perpetua por el incumplimiento de tales sueños, de dichas aspiraciones no logradas, y de tales esperanzas hechas trizas, es la virtud espiritual de la satisfacción.

Encontramos un modelo de la virtud del contentamiento en la declaración del apóstol Pablo en Filipenses 4:11, "No lo digo porque sufra escasez, pues he aprendido a estar contento cualquiera que sea mi situación." Cuando Pablo utiliza la palabra "contento" usa la

palabra griega *autarkes*, lo que significa "auto-suficiente," es decir, "co-independiente de las circunstancias," (véase también 2 Cor. 9:8). La palabra que utiliza Pablo tiene como origen la palabra griega *ataraxia*, que ha sido aplicada a la marca de un tranquilizante moderno. Sócrates habló del concepto cuando se le formuló la pregunta, "¿Quién es el más rico?" Y respondió: "El que se contenta con menos, puesto que la *ataraxia* es la riqueza de la naturaleza."

El Nuevo Testamento menciona dos escuelas de ideas filosóficas que estaban de moda durante los tiempos apostólicos. Estas fueron las escuelas del epicureísmo y el estoicismo, cuyos representantes se encontró Pablo en el Areópago de Atenas. A pesar de que estas escuelas diferían notablemente en relación a la cosmología y la metafísica, compartían un objetivo común práctico de la vida: la búsqueda de la *ataraxia*. Los estoicos entendían esto en términos de lo que ellos llamaban "imperturbabilidad." Ellos construían un tipo de determinismo material por el cual el ser humano no tiene poder alguno sobre sus circunstancias. La vida simplemente "transcurre" a través de causas externas fijas. Nuestras circunstancias son el resultado de lo que nos sucede a nosotros. El único ámbito en el que uno tiene un control significativo es en el escenario interno de nuestra actitud personal. El estoicismo indica que lo que sí podemos controlar es cómo nos sentimos acerca de lo que nos sucede. El objetivo del estoicismo era intentar llegar a un estado de imperturbabilidad a fin de que, pasase lo que pasase externamente, la persona mantuviese una paz interna que lo dejase sin preocupaciones. Esta es la actitud de mantenerse impasible; actitud clásica del estoicismo.

Por otra parte, los epicúreos eran más proactivos en su búsqueda de la *ataraxia*, puesto que intentaban maximizar el placer y minimizar el dolor. Eran hedonistas refinados que buscaban un equilibrio adecuado entre el placer y el dolor. Sin embargo, nunca se solucionó la "paradoja hedonista," que decretó que uno fracasa si no llega a obtener el placer que busca pero, por el contrario, uno se aburre si llega a obtener el placer que busca. Así que, en términos que se anticipan a la paradoja de Pascal, uno se quedaba en un estado de frustración o de aburrimiento, ninguno de los cuales captura el concepto de satisfacción de la *ataraxia*.

El parecer de Pablo sobre el contentamiento difiere radicalmente del estoicismo o el epicureísmo. Pablo, en 1 Corintios 15, rehuye el credo que reza, "Comamos y bebamos, pues mañana moriremos." Este parecer hedonista que se trató en el libro de Eclesiastés es un parecer de pesimismo supremo que no tenía lugar en la teología de Pablo, sobre todo en lo que respecta a la resurrección. De la misma manera, Pablo rechaza rotundamente la resignación pasiva de la postura del estoicismo. Pablo no cree que nuestras circunstancias estén determinadas por fuerzas ciegas e impersonales. Pablo no dio cuerda al fatalismo o a la determinación mecanicista. Fue un activista que persiguió sus metas y nos animó a trabajar en nuestra salvación con temor y reverencia. No abogó por un quietismo que declaraba: "Ponte en manos de Dios."

El contentamiento del que hablaba Pablo no es el de "quédate tranquilo en Zión", por el cual una complacencia irreligiosa deja al alma moribunda y al espíritu inerte. Pablo nunca se "contentó" con dormirse en los laureles o con relajar su entusiasmo por el ministerio.

En incontables ocasiones Pablo expresó su descontento y su insatisfacción tanto por los errores, vicios y defectos de la Iglesia como por sus propias deficiencias. Había muchas tareas por terminar y problemas que solucionar en su propia vida y en el ministerio que requerían un fervoroso esfuerzo de su parte.

Su contentamiento estaba dirigido hacia su situación personal o hacia el estado de su condición humana. Pablo amplió su definición del contentamiento al escribir, " Sé cómo vivir en la escasez, y sé cómo vivir en la abundancia. En todas partes y en todas las cosas he aprendido tanto a estar lleno como a tener hambre, a vivir en la riqueza y a padecer necesidad" (Filipenses 4:12).

Aquí nos damos cuenta que Pablo habla de aprender y conocer. La satisfacción de la que Pablo gozaba era una condición *aprendida*. Él *aprendió* el secreto o el misterio del contentamiento. Este secreto se nos revela en parte en su siguiente declaración, "Todo lo puedo en Él que me fortalece."

El contentamiento de Pablo se basaba en su unión mística con Cristo y en su teología. Para el apóstol, la teología no era una disciplina abstracta al margen de las cuestiones urgentes de la vida cotidiana. En cierto sentido su teología era la vida misma, o la clave para entender la vida misma. El contentamiento o la satisfacción de Pablo con su estado o condición de vida descansaban sobre su conocimiento del carácter de Dios y su conocimiento de la manera en que obra Dios. La suya no era una *ataraxia* basada en la resignación pasiva a las fuerzas impersonales de la naturaleza. La suya era una alegría basada en el conocimiento de que sus pasos y su condición humana estaban determinados por el Señor. Quizás su descubrimiento del contentamiento bíblico fue, más que ninguna otra cosa, su comprensión de la providencia de Dios. Él comprendió que todo don bueno y perfecto viene de Dios, y que todas las cosas funcionan bien para los que aman a Dios y son llamados según Su voluntad. Pablo entendió que si sufría escasez estaba cumpliendo la voluntad de Dios, y si nadaba en la abundancia también estaba cumpliendo la voluntad de Dios. Para Pablo la clave de su alegría continua era una cuestión de sumisión a la voluntad divina.

En nuestras vidas parcialmente santificadas, se esconde la tentación irreligiosa de suponer que Dios nos debe una condición más favorable de la que actualmente disfrutamos. Tal es la miseria del pecado, cuya mezquindad es derrotada por el triunfo de la gracia salvadora y providencial de Dios. Es precisamente en esta gracia donde se haya la satisfacción cristi

El ocaso de los ídolos

Friedrich Nietzsche, filósofo del siglo XIX, es conocido por su declaración "Dios ha muerto". Este breve dictamen no da cuenta de la historia completa. Según Nietzsche, la causa del fallecimiento de Dios fue la compasión. Dijo: "Dios está muerto; murió de piedad". Pero antes de que Dios, que era el Dios del Judeo-Cristianismo, pereciera, Nietzsche dijo que existía una multitud de deidades, tales como las que residían en el Monte Olimpo. Es decir que, en un tiempo, hubo una pluralidad de dioses. Todo los demás dioses desaparecieron cuando, un día, el Dios judío, Yahweh, se puso de pie en la reunión y dijo: "No tendrás otros dioses delante de mí". Al escuchar esto, siguiendo el resumen satírico de Nietzsche, el resto de los dioses y diosas murieron. Murieron de risa.

En nuestro tiempo, en el que predomina el pluralismo en la cultura, puede hallarse tanta hostilidad hacia la idea de un Dios único como en la sátira de Nietzsche. Sin embargo hoy, la repugnancia hacia el monoteísmo no es un asunto gracioso. En la cultura del pluralismo, la virtud principal es la tolerancia, esto es, la idea de que todas las visiones religiosas deben ser toleradas, todas las perspectivas políticas deben ser toleradas. Lo único que no puede ser tolerado es la afirmación de exclusividad. Existe una antipatía intrínseca, inherente, a todas las aserciones de exclusividad. Decir que existe un solo Dios, es repulsivo para los pluralistas. Decir que un Dios no se ha revelado a sí mismo en una pluralidad de avatares a lo largo de la historia, es también repugnante. Un único Dios con un solo Hijo, es una deidad que genera desde ofensas hasta perjuicios, al proclamar un hijo exclusivo. No puede existir sólo un Mediador entre el hombre y Dios. Según los pluralistas actuales, debería haber varios. Igualmente, entre los pluralistas, también es una perogrullada la idea de que si hay un camino hacia Dios, entonces debe haber muchos caminos hacia Dios, y ciertamente, no puede aceptarse que haya uno solo. Las afirmaciones de exclusividad del cristianismo en términos de Dios, en términos de Cristo, en términos de la salvación, no pueden coexistir pacíficamente con los pluralistas.

Además de la pregunta acerca de la existencia de Dios y su Hijo, y sobre la particular manera de salvación, también existe un rechazo a cualquier afirmación sobre la posesión de una fuente única de revelación divina. En el tiempo de la Reforma, fueron afirmadas las llamadas *solas* de la Reforma. Se decía que la justificación es por la sola fe (*sola Fide*), que es solo por Cristo (*solus Christus*), que es solo por la gracia (*sola Gratia*), y que es solo por la gloria de Dios (*solus Deo Gloria*). Pero quizás, el precepto de *sola Scriptura*, es el más repugnante para los pluralistas. La idea de *sola Scriptura* se refiere a la existencia una sola fuente escrita de revelación divina, que nunca puede ser ubicada en el mismo nivel que las declaraciones confesionales, los credos, o las tradiciones eclesiásticas. Solo la Escritura tiene la autoridad para limitar la concepción, justamente porque sólo la Escritura es la revelación de Dios todopoderoso. Para el pluralismo, son muchas las implicaciones de *sola Scriptura*. La siguiente, no es la menor de ellas: este principio conlleva una negación fundamental del carácter revelador de todos los libros de cualquier religión. Un partidario de *sola Scriptura* no cree que la palabra de Dios se encuentre en la Biblia y en el Libro de Mormón, en la Biblia y en el Corán, en la Biblia y en los Upanishads, en la Biblia y en el Bhagavad Gita; mas aún, la fe cristiana se basa en la afirmación acerca de la singularidad y exclusividad de que la Biblia, y sólo la Biblia, revela la palabra escrita de Dios.

El lema de los Estados Unidos es *e pluribus unum*. Sin embargo, desde el surgimiento de la ideología del pluralismo, el verdadero Unum de ese lema ha sido arrancado desde sus raíces. Lo que mueve al pluralismo es el antecedente filosófico del relativismo. Toda verdad es relativa; por lo tanto, una idea o fuente únicas, no pueden ser vistas como portadoras de ningún tipo de supremacía. La idea de la igual tolerancia bajo la ley de todas las religiones, ha sido incorporada en nuestro sistema legal. En el pensamiento de la gente, el pasar de igual tolerancia ante la ley a igual validación, no es más que un pequeño paso. El principio de que todas las religiones deberían ser tratadas de la misma manera ante la ley y que deberían gozar de iguales derechos, no implica, necesariamente, la inferencia de que entonces, todas las religiones son válidas. Hasta un examen somero y comparativo de las religiones del mundo, deja ver puntos radicalmente contradictorios entre ellas, y a menos que uno esté preparado para afirmar la verdad equivalente de las contradicciones, uno debe ser capaz de rechazar esta aserción errónea.

Lamentablemente, con una filosofía del relativismo y una filosofía del pluralismo, la ciencia de la lógica no interesa. La lógica es acompañada a la puerta y echada enérgicamente fuera de la casa hacia la calle. No hay espacio para la lógica en ningún sistema de pluralismo y relativismo. En efecto, es inapropiado llamar a cualquiera de ellos un sistema, ya que es la idea de una perspectiva consistente y coherente sobre la verdad, lo que es inaceptable para los pluralistas. El hecho de que la gente rechace las afirmaciones sobre una verdad exclusiva no invalida esas aseveraciones. Es el deber del cristiano el mantener firme la singularidad de Dios y Cristo, y no comprometerse con los partidarios del pluralismo

15 estudio.

¿Que Puede Importar

Pocas doctrinas, si es que hay alguna, generan tanto debate y rencor entre los cristianos como la doctrina de la elección. Es una de esas doctrinas que divide a las personas de manera tan drástica que llegan a denominarla como tema de no tener fin, cuando se refieren a esta.

La elección es también una doctrina acerca de cuales pocos se muestran indiferentes. Las pasiones se hinchan de lado y lado de la línea divisoria. Quienes se oponen, la ven como algo que denigra la importancia de la libertad humana y arroja una sombra oscura sobre la bondad de Dios. Los que la aceptan aman la seguridad y el confort que les ofrece, así como el triunfo de la gracia divina que manifiesta.

Pero bueno, si es tan divisiva, ¿por qué molestarnos con ella? Como alguien que tiene pasión por la doctrina, a menudo me pregunto: "¿Qué puede importar?" Estoy seguro de que Martín Lutero se hizo la misma pregunta varias veces. Tal vez por eso manifestó que la doctrina de la elección era el "corazón de la iglesia." Es interesante el hecho que el cuerpo de Lutero apenas si estaba frío en la tumba cuando sus seguidores alteraron radicalmente, y suavizaron su opinión sobre las futuras generaciones de luteranos, creando así contienda en el corazón de su iglesia.

La elección importa en primer lugar, porque se refiere al acto de la verdad de Dios. Si la opinión agustiniana de la elección es la opinión bíblica, y si la Biblia es verdad, entonces, esa doctrina de la elección es la verdad de Dios y todos los que son "de la verdad" tienen el deber de aceptar y proclamarla. Por otra parte, si la opinión agustiniana/reformada no es bíblica y/o no es cierta, distorsiona la verdad de Dios y debe ser repudiada y abandonada.

En segundo lugar, la doctrina de la elección está vinculada a la garantía de nuestra salvación y por ella a nuestra santificación. Cuando Pedro enuncio las virtudes que marcan el progreso de nuestra santificación - una lista sorprendentemente similar a la de Pablo sobre los frutos del Espíritu - añadió:

"Por lo cual, hermanos, tanto mas procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada, amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Por

esto, yo no dejare de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente."(2 Pedro 1:10-12).

Este es un fuerte y sobrio llamado apostólico a la debida diligencia. Es diligencia con respecto a la elección. Cuando un cristiano comprende la elección, la acepta y adquiere la seguridad de contarse entre los elegidos, se aferra firmemente a la verdad de Dios – tan establecida en esta verdad que lo liberara de la propensión a caer. En la santidad, la confianza y el crecimiento espiritual, van de la mano.

Pedro refuerza este llamado más adelante, cuando declara que Dios no quiere que perezca ninguno (2 Pedro 3:9). "Ninguno" se refiere a la palabra "nosotros" como su antecedente, y el "nosotros", a su vez, a aquellos a quienes se les habla en las epístolas de Pedro, es decir, los elegidos. Este versículo, lejos de perturbar o refutar la elección como afirman los enemigos de la elección, en realidad la confirma.

En tercer lugar, la doctrina de la elección reafirma la plena soberanía de Dios y descarta cualquier noción humanística o pagana de que la soberanía de Dios se ve limitada por la libertad humana. Tal opinión blasfema, coloca la Biblia al revés y hace que el hombre sea soberano en lugar de Dios. El punto de vista bíblico es que la libertad humana es real en la medida que se da, pero siempre está limitada por la soberanía de Dios.

En cuarto lugar, la doctrina de la elección vuelve pedazos cualquier fundamento para el orgullo y merito humano. En esta doctrina, la gracia de la gracia se manifiesta plenamente como la criatura que se da cuenta de que no tiene nada de que presumir, porque su salvación es un don de gracia, sin mezcla alguna de merito humano o acción determinante.

Por último, debido a las razones anteriormente mencionadas y otras no exploradas aquí, la excelencia y majestad de Dios son tan exaltadas que la criatura, por medio del Espíritu Santo, despertara a la verdadera adoración. Ahora honramos a Dios como Dios y le declaramos nuestro mayor agradecimiento.